

## Historia de la vida privada en Chile

Bajo la dirección de Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri

#### Tomo 2

#### El Chile moderno

Rafael Sagredo
René Salinas
Maximiliano Salinas
María Loreto Egaña
Mario Monsalve
Sol Serrano
Manuel Vicuña
Sergio González
Mateo Martinic
Carlos Donoso
Juan Ricardo Couyoumdjian
Daniel Palma
Marcos Fernández
Álvaro Góngora
Carlos Sanhueza

Jorge Rojas F.

11 (986-10)

Historia de la vida privada en Chile

## Historia de la vida privada en Chile

Bajo la dirección de Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri

Tomo II El Chile moderno De 1840 a 1925





# De soldado orgulloso a veterano indigente. La Guerra del Pacífico

Carlos Donoso Juan Ricardo Couyoumdjian

La Guerra del Pacífico entre Chile y la alianza entre Perú y Bolivia, que estalló en 1879, involucró a la nación entera como no había sucedido desde la época de la Independencia. Al comenzar el conflicto, las Fuerzas Armadas chilenas se encontraban en condiciones deplorables debido a los continuos recortes presupuestarios efectuados desde inicios de esa década. A partir de 1875, la mala situación económica había obligado a reducir el presupuesto de Defensa de forma tan notoria que al comenzar la guerra era el menor desde hacía muchos años. Las escuelas de formación de oficiales habían sido declaradas en receso en 1876 y la dotación de la Guardia Nacional sufrió una drástica rebaja de 23 mil plazas en 1874 a poco más de seis mil en 1879. Mientras Perú y Bolivia podían movilizar en conjunto casi 120 mil reservistas, las fuerzas nacionales sólo disponían de poco más de 50 mil. En febrero de ese año, el Ejército regular tenía apenas 3.516 efectivos, un tercio de las fuerzas aliadas, mientras la Marina contaba con no más de 500 infantes. La desproporción también alcanzaba a la oficialidad militar: considerando Artillería, Caballería e Infantería, el bando confederado contaba con 4.479 superiores (uno por cada dos soldados), mientras las fuerzas chilenas sumaban apenas 538 (uno por cada seis)<sup>1</sup>.

## El entusiasmo inicial y los enganches

El enrolamiento militar se inició según lo establecido en la *Ordenanza General del Ejército*. De acuerdo a ella, los enganchados no debían ser menores de dieciséis años ni mayores de cuarenta, si bien para ocupaciones anexas, como trompetas y tambores, la edad mínima bajaba a diez. Los reclutas debían poseer una estatura superior a cinco pies (1,52 metros), no presentar defectos físicos notables y tener disposición, robustez y agilidad para resistir las fatigas del servicio. Al momento de unirse al Ejército, cada voluntario firmaba un documento que lo ligaba a la institución por cinco o seis años, recibiendo un pago de seis pesos al mes<sup>2</sup>.

Cabo José María Rodríguez, herido en la batalla de Tacna en 1883. Colección Museo Histórico Nacional. Veterano inválido, pero orgulloso, como lo demuestra su pose en uniforme. En esa oportunidad, los soldados recibían también un folleto, *La Cartilla del Soldado*, en el cual, bajo la estructura de un catecismo con preguntas y respuestas, se enteraban de las normas de disciplina del Ejército, reglas de higiene e instrucciones básicas para armar, desarmar y conservar el arma. Además, y conforme a la Ordenanza General, el soldado debía «saber con precisión los nombres de los cabos, sargentos, oficiales de su compañía, el de los ayudantes, sargento mayor, teniente coronel i comandante, i estar bien enterado de las leyes penales, que se leerán una vez al mes»<sup>3</sup>.

El estallido de la guerra generó entusiasmo entre la población, el cual aumentó con la llegada de los chilenos expulsados de los territorios peruanos. El 22 de febrero, el ministro de Estados Unidos en Santiago, Thomas Andrew Osborn, comunicaba al Secretario de Estado que la decisión del gobierno de enviar fuerzas al norte contaba con la sincera aprobación de todos los sectores. «El movimiento es extraordinariamente popular», informaba4. Un futuro protagonista de la guerra, Arturo Benavides Santos, que por entonces tenía catorce años de edad, recuerda como la población de Valparaíso se reunía en la Intendencia, cuarteles, imprentas de diarios y plazas, aglomerándose para oír a los improvisados oradores «que eran muy aplaudidos»5. Centenares de jóvenes acudían espontáneamente a los cuarteles para enrolarse. En abril de 1879, el general Justo Arteaga, en oficio al Ministro de Guerra, señalaba que muchos oficiales de las guardias cívicas y particulares deseaban «hacer la campaña a su costa i sin remuneración alguna del erario»<sup>6</sup>. Los cuerpos de bomberos. guardias municipales, funcionarios públicos e incluso estudiantes de la universidad organizaban sus propios batallones, mientras las numerosas plazas vacantes de oficiales eran ocupadas por miembros de reconocidas familias.

La exaltación patriótica era notable. «Nos parecía que íbamos a una fiesta», señalaba un soldado. Otro, ante la renuencia de su padre de autorizar su ingreso como voluntario en el Ejército, le manifestaba que sólo cumplía «con el deber sagrado de todo hombre de servir a su país». Un recluta se mostraba feliz de «renunciar a sus comodidades» por partir a la guerra, sin importarle dejar a su esposa e hijas en Santiago, «porque primero está la Patria que las mujeres». El teniente Avelino Rodríguez González, como una forma de manifestar su orgullo de defender al país, redactó su testamento antes de embarcarse al norte, dejando sus bienes al Estado en caso de morir en la guerra.

El entusiasmo de la guerra prendió fuertemente en la población infantil; muchos niños se enrolaron, pese a la prohibición de aceptar menores de edad, como soldados o marinos. Luis Cruz Martínez, el futuro héroe de La Concepción, tenía sólo catorce años cuando consiguió ser aceptado en el Regimiento Curicó, luego de soportar duras pruebas de resistencia física<sup>9</sup>. Arturo Olid, de apenas trece años, presionó a sus padres para que le dejaran partir a la guerra y sólo logró convencerlos gracias a la mediación de un amigo de su padre, ingeniero de la *Covadonga*, quien lo ubicó como aprendiz mecánico de esa corbeta, sólo con derecho a ración y sin goce de sueldo<sup>10</sup>. Arturo Benavides ingresó al Batallón Lautaro a los once años de edad, y ya a los quince era veterano de guerra<sup>11</sup>. En septiembre de 1880, un soldado acantonado en Iquique, y que presenciaba el desembarco del Batallón Quillota, vio con asombro que su hermano de doce años estaba enrolado. Informando a sus autoridades

superiores, el niño fue enviado de vuelta a Valparaíso, donde se perdió su pista, sospechándose que volvió oculto al norte<sup>12</sup>. Muchos niños provenían de hogares mal constituidos, donde los malos tratos eran habituales, o de una pobreza extrema, por lo que partir a la guerra era también

una manera de escapar de sus problemas.

En algunos casos, el conflicto movilizó a familias completas, cuyos miembros sirvieron de distintas formas en el Ejército. Junto a los cuerpos de los 77 mártires de La Concepción fueron encontrados los restos de cuatro mujeres que acompañaban a sus esposos, un niño de cinco años y un bebé nacido aparentemente la misma noche del combate<sup>13</sup>. Un soldado raso, Marcos Ibarra, fue enrolado con su padre en el Batallón Esmeralda, mientras su madre, Tomasa Cruz, trabajó como lavandera de ese cuerpo, dedicándose más tarde al arriendo de piezas en una calle limeña, una vez ocupada la ciudad<sup>14</sup>. Juan Martínez, comandante del Regimiento Atacama, perdió a dos de sus hijos en la batalla de Tacna. Al contestar una carta de consuelo enviada por el Intendente de esa provincia, Martínez lamentaba que el tercero de sus hijos no se hallara en estado de tomar las armas para que muriese por la patria<sup>15</sup>.

No todos los que partían a la guerra eran voluntarios guiados por el amor a su país. Muchos individuos se alistaban en el Ejército atraídos por los seis pesos que se pagaban por el enganche y porque, más allá de los riesgos, tendrían comida y vestuario asegurados todo el tiempo que duraran las hostilidades. En los primeros meses del conflicto, los reos de la Penitenciaría de Santiago cambiaron la vida carcelaria por la militar, contribuyendo de paso a alivianar los graves problemas de hacinamiento carcelario y de inseguridad ciudadana. Un antiguo oficial, justificando la inclusión de delincuentes en el Ejército, señaló: «malos ciudadanos, bue-

nos soldados» 16.

Cuando ni el enganche voluntario fue suficiente para cubrir todas las plazas, se buscaron otros medios de reclutamiento, como ofrecer pases libres de ferrocarril a quienes deseasen ser acompañados por sus parientes en la hora del adiós, permitiéndoles conocer la capital y el puerto<sup>17</sup>. El método más efectivo, sin embargo, fue el reclutamiento forzoso, para lo cual se utilizaron todo tipo de tácticas. En Chillán, todo hombre sorprendido en la calle después de las diez de la noche era reclutado por el Cuerpo de Carabineros del Yungay. En San Antonio se engancharon a todos los trabajadores de los fundos aledaños, incluidos los mayordomos. En Santa Juana, los vecinos atraídos por la presencia de una banda militar en la plaza fueron obligados a alistarse mientras escuchaban sus compases. Los campesinos huían de las comisiones de recluta, las que, en el caso de Constitución, soltaban perros en los cerros para obligarlos a bajar desde sus refugios. En Quillota, un juez ofreció enganchar a todos los ebrios que llegaran detenidos 18. Los resultados de estas campañas fueron dispares: mientras en algunas zonas del país el reclutamiento fue masivo, en otras resultó muy reducido. La creación del Depósito de Reclutas y Reemplazos, en julio de 1879, resolvió en parte este problema, asignando soldados provenientes de unas provincias a los batallones formados en otras. En San Felipe, por ejemplo, sólo se habían afiliado cuatro soldados hasta el 29 de noviembre de 1879. Ese día fueron trasladados a esa ciudad 50 hombres provenientes de Quillota, Chillán, Talca, Vichuquén y Cauquenes, para formar el batallón que llevó el nombre de Aconcagua, pese a que la mayoría no era de la zona19.



Regimiento N° 2 de Artillería en campaña con sus cañones Krupp. Antonio Bisama Cuevas, Álbum Gráfico Militar de Chile. Campaña del Pacífico, 1789-1884, tomo I, Santiago, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1909.

## Problemas con los enganchados

Pese a que la *Ordenanza General del Ejército* fijaba pautas claras en cuanto a la aptitud física que debían tener los hombres enrolados, varios de ellos presentaban una serie de complicaciones al arribar a las zonas ocupadas. Algunos soldados, aparentemente saludables al momento de partir, se mostraban tan débiles que no tenían fuerza ni siquiera para disparar el fusil<sup>20</sup>.

Ante esta situación, en junio de 1879 el gobierno pidió a los jefes de cuerpos de reserva que ordenasen el examen de los individuos y alistaran sólo a los robustos y de buena salud. Dos meses después, el ministro Domingo Santa María recomendaba no enganchar a «gente inútil», pues el norte estaba lleno de ellos<sup>21</sup>. De los hombres atendidos en el hospital de Pisagua en diciembre de ese año, la gran mayoría había llegado por enfermedades: 21 sufrían de catarro bronquial, 35 de disentería, 26 de reumatismo y no menos de 112 por diversos males venéreos. Sólo cinco de los internados eran heridos de guerra. Durante 1879 se verificaron cerca de 200 licenciamientos por diversas enfermedades<sup>22</sup>.

La proliferación de enfermedades fue aprovechada por un importante número de soldados sanos, pero decepcionados de las condiciones impuestas por la guerra, para salir de las filas. En diciembre de 1879, el Ministro del Interior hacía ver al Ministro de Guerra en Campaña la preocupación del gobierno por el elevado número de licenciados provenientes del norte: «Los enfermos no son de enfermedades que los inhabiliten para el servicio y que no puedan curarse allá, y los licenciados son precisamente los que no deben volverse, pues es gente que debe someterse a la severa disciplina militar. De 150 o 200 enfermos que vinieron en el *Maule*, 60 escaparon entre Valparaíso y Santiago. ¡Tal era la enfermedad!»<sup>23</sup>.

El problema continuó con el correr del tiempo. En marzo de 1880, el Ministro del Interior informaba al General en Jefe del Ejército del Nor-



Marineros de una de las baterías del acorazado *Cochrane*. Antonio Bisama Cuevas, *Álbum Gráfico Militar de Chile...* 

te que se había comprobado que muchos de los individuos de tropa que eran devueltos al sur no adolecían de enfermedades graves o que los imposibilitaran físicamente. Recomendaba la necesidad de proceder con el mayor escrúpulo, con el fin de no licenciar sino a quienes cuya curación

no se podía lograr en los hospitales del norte<sup>24</sup>.

De todos modos, el número de deserciones a lo largo de la guerra fue sorprendentemente bajo. Sergio Rodríguez Rautcher estima en no más de 650 el número total de fugas, un tercio de las cuales se verificó durante los dos primeros años del conflicto<sup>25</sup>. Las deserciones pudieron ser cubiertas sin mayor dificultad, aun cuando comenzaba a reinar el desencanto. A mediados de 1880, una comisión de enganche enviada desde Perú logró enrolar sin violencia, y sólo en las minas al interior de Taltal, a 40 reclutas en apenas 15 días<sup>26</sup>.

Los preparativos del Ejército chileno recibían amplia difusión por la prensa. La absoluta libertad informativa, que el gobierno no intentó coartar, pudo tener nefastas consecuencias para el desarrollo del conflicto. Años después, un ex Ministro de Estado peruano señalaba a un oficial de Marina de visita en Lima que «nosotros no necesitábamos espías residentes en Chile, nos bastaba tener todos los diarios, donde con escrupulosa exactitud leíamos todos los datos que necesitábamos conocer; hasta del último soldado que se armaba i que era enviado a campaña se daba

cuenta en la prensa diaria»<sup>27</sup>.

Los cuarteles y regimientos donde se reunía y adiestraba la tropa presentaban las deficiencias propias derivadas de la improvisación con que se hacía frente al conflicto. Muchos de estos lugares no contaban con la infraestructura mínima para acoger a los recién ingresados. Justo Abel Rosales recuerda que en San Felipe fueron acuartelados en un antiguo monasterio, lleno de pulgas y arañas, debiendo mojar continuamente las paredes y buscar alfalfa «y cuanto arbusto se encontraba en la Alameda» para tapizar las piezas y gran parte de los patios<sup>28</sup>. Evaristo Sanz recuerda que, antes de emprender el viaje rumbo al norte, dormían 40 soldados en una pequeña habitación, unos sobre otros, donde el ambiente era irrespirable y foco de «las más insólitas enfermedades»<sup>29</sup>.

Mejores no eran las condiciones durante la navegación al norte, donde la tropa debía dormir sobre la cubierta o bien en las bodegas de los barcos. Muchos de los soldados, no acostumbrados a la navegación, sucumbían víctimas del mareo y permanecían postrados los tres días que duraba el trayecto desde Valparaíso hasta Antofagasta. Los más resistentes repartían su tiempo entre conversaciones y lectura sobre el puente. Alberto del Solar informa que una de las distracciones preferidas por la oficialidad era permanecer cerca de los soldados para escuchar sus alegrías y reflexiones: «Campesinos rudos como en la mayoría de ellos y en absoluto novicios; por lo tanto, la navegación y en la vista al mar se entregaban a comentarios tan cómicos y curiosos que hasta el más serio de los que tenían fortuna de oírlos le habría sido difícil contener la risa» 30.

## Disciplina y preparación

El entusiasmo inicial de los enganchados, en más de una ocasión, desbordó su preparación física, táctica y disciplinaria. En noviembre de 1879, el Ministro de Guerra en Campaña informaba al Presidente que el Ejér-



Al soldado Antonio Santibáñez, herido en Chorrillos, le fue entregado como compensación un gancho artificial con anillo. Colección Museo Histórico Nacional.

cito se estaba conformando con «una multitud de paisanos que lo desquician todo» <sup>31</sup>. En agosto del año siguiente, el ministro del Interior, Domingo Santa María, escribía a José Antonio Gandarillas sobre los enganchados del Cuerpo de Artilleros de Santiago: «... están todos ellos crudos, incapaces de servir un cañón, pues son rotos enganchados a la fuerza... no sé quién los pueda enseñar, porque en materia de artilleros estamos tan calvos como la cabeza de don Marcial González. De manera que no tenemos ni cañones ni maestros que los adiestren» <sup>32</sup>.

Faltaba disciplina. Un simulacro de ataque en San Bernardo en septiembre de 1879 desembocó en una batalla campal entre dos batallones, que dejó un muerto y varios heridos<sup>33</sup>. La falta de espíritu de cuerpo hizo que los marineros del transporte *Rímac*, ante su inminente captura en junio de 1879, en lugar de formar, asaltaran la cámara de los oficiales, destrozando muebles, cuadros y espejos. Una vez ocupada la ciudad de Iquique, «los oficiales subalternos se hicieron merodeadores y los soldados salteadores francos». Luego de extinguido el gran incendio que consumió gran parte de esa ciudad en octubre de 1880, fueron encontrados los restos de ocho soldados, que habían muerto calcinados mientras participaban, junto a otras personas, en el saqueo de una tienda siniestrada<sup>34</sup>.

La falta de experiencia militar no sólo era un problema de la tropa. Al momento de comenzar la guerra, pocos eran los oficiales de carrera y menos aún aquellos que habían tenido la oportunidad de participar en algún conflicto. La necesidad de cubrir numerosas plazas del Ejército y Marina con civiles bisoños generó más de alguna dificultad durante el conflicto, tanto por rencillas personales y resentimientos sociales, como por las dudas que existían respecto a sus capacidades militares. Ya a comienzos del conflicto, Diego Dublé Almeyda apuntaba en su diario que la antigua oficialidad de Artillería, que años atrás se distinguía por su instrucción, había sido reemplazada por otra sin preparación ni competencia alguna, llegando a esa posición exclusivamente por motivos políticos. Su disgusto radicaba fundamentalmente en que se les concedían grados que los militares de profesión demoraban 20 y 25 años en obtener<sup>35</sup>.

Ricardo Santa Cruz, comandante del Regimiento Zapadores, también criticaba esta situación. En carta dirigida a su hermano en septiembre de 1879 señalaba que, a su parecer, «los cucalones andan todos perdidos y formándose un concepto de los asuntos de guerra con libertad completa... basta con esto para que no haya dos que piensen de la misma manera»<sup>36</sup>. Baquedano, con su particular estilo, resumía la opinión de la antigua oficialidad con un escueto comentario: «cucalón, bastón, militar, espada»<sup>37</sup>.

En determinados casos, la molestia era justificada. En septiembre de 1879, dos hijos del presidente Pinto llegaron a Antofagasta ostentando los grados de mayor y teniente, pese a no tener preparación militar ni más de dieciocho años<sup>38</sup>. José Clemente Larraín, un oficial de dieciocho años de edad, que integraba el Regimiento Esmeralda, relata su total inexperiencia a su llegada a Iquique en septiembre de 1880: «En la mañana inmediata salimos al ejercicio de compañía, corrimos "la guerrilla" sin que yo nada comprendiese de los toques, y sólo andaba con los ojos listos para imitar, como el mono, los movimientos que se efectuasen, no queriendo, en mi vergüenza, que la tropa sospechase mi ignorancia, porque eso por lo menos diría injusticia de quien me había puesto ahí por oficial»<sup>39</sup>.

La falta de experiencia y la juventud también se reflejaba en los excesos de autoridad. Una orden de franco impartida en Antofagasta por un



Tripulación del Cochrane en el combate naval de Angamos. Antonio Bisama Cuevas, Álbum Gráfico Militar de Chile...

sargento de sólo trece años, sin consulta a sus superiores, y que acabó en un fatídico desenlace, le significó pasar un par de semanas en el calabozo. En marzo de 1880, un joven teniente ordenó a un soldado gravemente herido y a punto de embarcarse rumbo a Valparaíso, que se despojara de todas sus pertenencias, «porque podían servir a otro». El soldado partió semidesnudo, mientras que el oficial fue reprendido duramente por su falta de criterio<sup>40</sup>

La antigua oficialidad se sentía incómoda con la presencia de los civiles en la fuerza expedicionaria. José Francisco Vergara recuerda que, desde su llegada a Antofagasta, Emilio Sotomayor había tomado «una especie de manía con... los civiles que había en el Ejército, y su lengua perpetuamente maldiciente se encarnizaba rabiosa e implacable con las personas del gobierno, principalmente con Santa María, conmigo y con cuantos no estaban bajo su dependencia o valían algo»<sup>41</sup>.

Si bien las diferencias no se acabaron, fueron amainando con el correr del conflicto, en la medida que buena parte de los civiles incorporados al Ejército demostraron, en la práctica, una sorprendente capacidad estratégica y un arrojo sin igual, lo que también se haría extensivo a las tropas. Un testigo del desembarco de las tropas nacionales en Pisagua en noviembre de 1879 escribiría asombrado por el empuje de los rotos: «El jeneral pililo está destinado a ser el más famoso del universo porque no hay ni habrá otro capaz de realizar hazañas semejantes a las suyas. Los marinos de los buques ingleses que nos acompañaban y vieron el combate, han recorrido una y cien veces el campo de la acción sin poder creer que ello haya sido tomado por 800 hombres, que fueron los únicos que

entraron en pelea, estando defendido por más de mil. Por eso declaran sin embozo que creen este hecho de armas único en la historia de entre los de su especie»<sup>42</sup>.

## Mujeres en la guerra

Para evitar el desamparo económico de sus familias, durante los primeros días de la guerra, muchos soldados fueron autorizados para embarcarse rumbo al norte con sus mujeres e hijos. Sin embargo, una idea que surgió con un trasfondo práctico, se pensaba que las mujeres podían cocinar y lavar la ropa a la tropa y oficiales, al poco tiempo se transformó en un problema que amenazaba la organización militar. Recién iniciada la guerra, a fines de febrero de 1879, el transporte *Limarí* llevaba a Antofagasta a 500 soldados... más 100 mujeres y 60 niños<sup>43</sup>.

No todas las mujeres eran esposas o parientes cercanas. Durante el examen médico a los potenciales reclutas en la localidad de San Carlos. el médico descubrió a una mujer disfrazada de hombre, quien dijo estar dispuesta a «disfrutar de los placeres carnales que ofrecía la experiencia»<sup>44</sup>. No es de extrañar, pues, que proliferaran las enfermedades venéreas, según se vio en el caso del hospital de Pisagua. En los primeros meses del conflicto, éstas llegaron a representar más del 40% de las hospitalizaciones. En junio de 1879, el ministro de Guerra, Basilio Urrutia, informaba al General en Jefe del Ejército del Norte que las enfermedades venéreas se habían propagado en el Ejército de una manera alarmante. Ante esta situación dispuso que el Cuerpo Sanitario de Antofagasta examinara semanalmente a las mujeres para determinar si se encontraban infectadas. en cuyo caso ordenaba su retención y aislamiento hasta su curación definitiva. Según las informaciones del Ministro, el contagio partía de Chile, y estaba preocupado, con razón, por el desarrollo que podía cobrar este mal, dadas las condiciones imperantes en el norte<sup>45</sup>.

Finalmente, en agosto de 1879, un decreto prohibió que los contingentes trasladados al norte fuesen acompañados de mujeres, y dispuso el inmediato regreso a Valparaíso de las que estaban con el Ejército en Antofagasta. La medida se justificaba porque, además del gasto que éstas originaban en transportes, entorpecían los movimientos de la tropa y la rápida ejecución de órdenes superiores<sup>46</sup>. El decreto fue objetado por algunos comandantes, que veían en el elemento femenino un valioso auxiliar como vivanderas o cantineras, al mismo tiempo que prestaban sus servicios en la enfermería particular de los regimientos. Para armonizar estos intereses, poco tiempo después se dispuso que cada regimiento podía ser acompañado de dos cantineras, aunque en la práctica fueran muchas más<sup>47</sup>.

Pese a la prohibición, muchas mujeres se embarcaron ilícitamente y utilizando las más insólitas estratagemas. Algunas, al subir a cubierta a despedirse, se mezclaban con la tropa, se ponían el uniforme de repuesto que llevaba un soldado y se tiraban al suelo envueltas en un poncho. Como comentaba irónicamente un diario de la época: «Para mayor comodidad de las soldadas, hoy los quepíes y gorras de brin tienen unas mangas para cubrir la nuca y el pescuezo en el desierto, siendo cómodo mandarlas hacer para que ellas puedan esconder perfectamente su apéndice militar, la mata de pelo»<sup>48</sup>.



Tienda de campaña del ministro de Guerra y Marina José Francisco Vergara. Álbum Gráfico Militar de Chile...

A bordo, las mujeres viajaban entremezcladas con los soldados. Una de ellas, acurrucada con su hombre, estiró las piernas para acomodarse mejor, topándose con otro, quien exclamó: «¡Cuidado con los materiales!». La carcajada de los soldados que la encubrían llamó la atención de un oficial que pasaba por allí, quien la hizo desembarcar pese a sus ruegos<sup>49</sup>.

En ocasiones, la vida de algunas mujeres en la guerra fue trágica. Siguiendo a las tropas en la marcha por el desierto, muchas murieron de hambre y sed o en medio de combates. Un ejemplo de la vida en campaña es el de Dolores Rodríguez. De sólo diecinueve años, se enamoró del soldado Lorenzo Sánchez en Valparaíso y abandonó su hogar para embarcarse junto a él. Luego del desembarco en Pisagua trabajó como lavandera de su regimiento, siguiendo a su amante hasta Tarapacá, donde resultó herida en una pierna. Sánchez murió en el lugar, lo que aparentemente la trastornó. Se convirtió en «camarada» del Ejército y se embriagaba diariamente. Al poco tiempo fue enviada a Iquique, donde se le perdió el rastro<sup>50</sup>.

El rol de la mujer en la guerra fue fundamental. Llevaban el bagaje, los víveres, los cartuchos; hacían la comida y preparaban el campamento. Como señaló un contemporáneo, «el cuerpo de *rabonas* reemplaza al de la Intendencia, que aquí sólo existe en el proyecto»<sup>51</sup>.

### Vivir en el desierto

Al momento de partir, cada soldado era provisto de un rifle completo, mochila y morral, tela de colchón, una frazada, dos trajes completos de paño, quepis lacre con visera y ribetes negros, una chaqueta hasta la cintura de color azul negro, un pantalón pardo o un color semejante, dos pares de botas y dos camisas. Además, llevaba una caramayola con su depósito para líquidos, un plato y una cuchara<sup>52</sup>. La rutina diaria en los campamentos se iniciaba a las cinco de la madrugada con el toque de dia-



Vista de Arica desde el Morro. Antonio Bisama Cuevas, Álbum Gráfico Militar de Chile...



Primer Estado Mayor general del Ejército chileno en campaña. Antofagasta. Antonio Bisama Cuevas, Álbum Gráfico Militar de Chile...

na. Los ejercicios principiaban a las seis de la mañana y se prolongaban hasta las 10.30, hora del rancho; se reanudaban entre las 14 y las 17.30 horas; la retreta comenzaba a las 20 horas y a las 21.30 reinaba el silencio.

La vida que esperaba a los soldados en territorios ocupados no era de las mejores. Enfrentados a la dura disciplina militar, con una ración alimenticia limitada, soportando un clima tórrido y plagados de insectos, miles de soldados fueron inicialmente acantonados en Antofagasta, donde la inactividad hizo que, para muchos, la estadía fuera un martirio. Allí la deserción no era una alternativa viable, tanto por la aridez de la región circundante como por las consecuencias, como lo recordaban las cinco cruces que recibían a los soldados en Antofagasta, y que habían sido levantadas en memoria de igual número de conscriptos que intentaron desertar en los primeros días de la ocupación<sup>53</sup>.

La lejanía del hogar, la disciplina impuesta en el cuartel, la rigidez de los horarios y el tedio, tenían como contrapartida las tentadoras ofertas que ofrecía la ciudad, que rápidamente se acondicionó a las necesidades de soldados y oficiales. Abundaban allí las casas de juegos, prostíbulos, locales de expendio de alcohol, y otro tipo de entretenciones. Un corresponsal observaba que «lo que se persigue en Santiago como delito de policía, es allí tolerado en plena y ardua campaña militar», y describía el ambiente en los garitos: «Durante el juego, nadie pronuncia palabra, pues todos tienen los ojos elevados en los cartones, en tanto que los pechos laten de ansiedad. Sale la lotería, i las únicas frases que se oyen son de reniego o anunciando que desea continuar el juego...»<sup>54</sup>.

Las esperadas salidas terminaban en borracheras generalizadas que fueron minando peligrosamente la disciplina militar. Como apuntaba un testigo en Antofagasta, «... mientras más tiempo estemos aquí en este puerto, la gente se irá corrompiendo más. ¡Poderosa señora es la chicha! Oficiales, clases y soldados todos, con pocas excepciones, han sufrido

algún castigo por ella»55.

El problema del alcohol se extendía también a la Marina. Un ejemplo es Cipriano Alvarado, guardián primero de la corbeta *O'Higgins*, reconocido como uno de los mejores artilleros de la Escuadra, y de una rectitud a toda prueba en cubierta, que sufría una espectacular transformación al bajar a tierra: «... Aquel guardián, que a bordo era una potencia, media hora después de estar en tierra no era el mismo hombre; i de intelijente i bravo se convertía en bruto e idiota; del fragante traje, ya no le quedaba en el cuerpo sino para cubrirse las carnes, i éste, sucio, estropeado i embadurnado...».

Alvarado no tardó en contraer tuberculosis, falleciendo poco tiempo después de retornar al país<sup>56</sup>. Muchos oficiales fueron licenciados debido a su afición a la bebida y al consiguiente relajamiento que se generaba. Otra situación que se producía era que, en los días de guardia, trasladaban su camilla a las torres de vigilancia, ejemplo que fue seguido por sargentos y cabos. El descuido de la vigilancia producía continuos desórdenes e intentos de deserción<sup>57</sup>.

Las largas y tediosas esperas derivaron también en conflictos entre soldados de distintos cuerpos. En Antofagasta fueron tan cotidianas las peleas entre los hombres de los Batallones Aconcagua y Melipilla, que hubo que decretar días francos diferidos, sin que mejorara la situación. Lo mismo pasaba en Iquique, en donde a pocos días de producirse el desembarco chileno, los continuos actos de indisciplina del Batallón Caupo-

licán ocasionaron violentos enfrentamientos con soldados del Regimiento Esmeralda<sup>58</sup>.

Los conflictos surgían a veces por asuntos aparentemente menores. En Arica, dos batallones se enfrentaron en una batalla campal por lograr el particular honor de entrar primero a Lima. Otro caso fue la muerte de la mascota del Regimiento Lautaro por parte de un oficial del Coquimbo, que agrió las relaciones entre ambos cuerpos durante mucho tiempo<sup>59</sup>.

Los castigos estaban tipificados: variaban de la simple orden de doblar el servicio, pasando por los cepos de campaña y los bastonazos, hasta la pena de muerte en caso de deserción o faltas de extrema gravedad<sup>60</sup>. Pese a que la norma no distinguía entre oficiales y clases, a la hora de imponer castigos, éstos eran aplicados casi exclusivamente a los soldados, mientras los oficiales sólo sufrían reconvenciones. Esta irregularidad llegó rápidamente a conocimiento del gobierno. En febrero de 1880, el Ministro del Interior hacía ver al General en Jefe la frecuencia con que los jefes de los cuerpos solicitaban la separación de oficiales que incurrían en delitos y faltas de tal gravedad que afectaban seriamente la moral y subordinación de las tropas<sup>61</sup>.

Alarmado por los continuos casos de relajamiento en la disciplina, en agosto de 1879 el Ministro de Guerra sugería al Comandante del Ejército del Norte evitar la aglomeración de tropas, con el objeto de mantener la moralidad, subordinación y comodidad de las tropas, para lo cual aconsejaba el envío de pequeños destacamentos al interior<sup>62</sup>. Otros buscaron soluciones diferentes. Ricardo Santa Cruz resolvió, en septiembre de ese año, no dar puerta franca a sus hombres desde las dos de la tarde en adelante, controlando día a día la cantidad de dinero asignada a cada uno de sus soldados, de modo que les alcanzara para cigarrillos, fruta, betún y apetitos, pero no para alcohol. El resto del dinero era enviado como mesada a las respectivas familias<sup>63</sup>.

La iniciativa no prosperó. En diciembre de ese año, el comandante del Batallón Valdivia, alegando que casi la totalidad de los pagos efectuados a los soldados se gastaban en alcohol y prostitutas, propuso al Ministro de Guerra que las mesadas otorgadas a los soldados fueran cobradas por sus familias, reservando a éstos el mínimo necesario para su subsistencia y necesidades básicas. Sin embargo, el ministerio estimó que no se podía decretar la suspensión de mesadas sin la voluntad de los imponentes<sup>64</sup>. Quienes sí estaban dispuestos a enviar parte del dinero a sus familias tuvieron, a contar de febrero de 1880, una dificultad adicional: a partir de esa fecha todas las mesadas otorgadas por soldados, que hasta esa fecha eran pagadas en la Tesorería General en Santiago, debían cobrarse en la oficina de la Intendencia en Valparaíso. El costo de desplazarse al puerto para quienes no vivían en él era tan alto como el dinero remitido<sup>65</sup>.

La dureza de los ejercicios y los esporádicos enfrentamientos con el enemigo fueron vistos por algunas personas como «eficaces apaciguadores del espíritu» en medio de tan desalentador panorama. También las misiones entre la tropa cumplían este propósito. Como escribía un capellán a su superior en diciembre de 1879, «... ninguna época más a propósito que la presente para que hagan buenas confesiones, pues han visto la muerte bien de cerca i están en un desierto donde no tienen tentaciones de ningún género...»<sup>66</sup>.

Tras el desembarco en Pisagua y el combate de Germania hubo un tiempo en el cual las tropas chilenas estuvieron inactivas en el lugar, sin



Soldado del Chacabuco en campaña y su comandante, teniente coronel Domingo Toro Herrera, en el campamento de Antofagasta en 1879. Antonio Bisama Cuevas, Álbum Gráfico Militar de Chile...



Vista del puerto de Antofagasta en 1879. Tomada de J. Antonio Bisama Cuevas, Álbum Gráfico Militar de Chile...

agua y sin víveres. Un soldado recuerda esos momentos: «... al ir a campaña todos juzgábamos justo sacrificarse en aras de la patria, pero no tomábamos en cuenta la manera en que serían utilizados nuestros servicios ni mucho menos soñamos que unos cuantos individuos pudieran causar tamaños males a todo un ejército. Reunidos en escuadrones, o como quieran, los señores entusiastas de la guerra no son bastantes para negar que la tropa chilena, después de la victoria, sintió mucha hambre, mucha sed» 67.

Aun cuando no se sufrieran estas penalidades, la inercia socavaba la moral de la gente. Un sargento se quejaba al respecto: «Al escribir a VS desde a bordo del *Amazonas* a nuestra salida de Pisagua, creíamos todos nuestros compañeros en general que por fin ya íbamos a pelear al frente i sin pérdida de un solo día con nuestros cobardes i aleves enemigos. Nadie sospechaba la larga estadía que nos esperaba en este puerto.

Sin embargo, señor, no puedo dejar de decir a Ud. que desde nuestra llegada a este puerto no se ha perdido un solo instante, trabajo i más trabajo a toda hora del día i de noche en la tierra i en el mar, pero el ardiente deseo general de todo el Ejército de combatir cuanto antes, nos ha pare-

cido un siglo ha que estamos en la inercia...»<sup>68</sup>.

La vida de campamento y la prolongada inactividad de la gente era peligrosa, a juicio de algunos oficiales, pues se corría el riesgo de que los soldados «pudieran pensar», entendido esto como un evidente temor a rebeliones o a graves actos de indisciplina<sup>69</sup>. Por ello se permitían o toleraban festivales de chistes, mimos, funciones de maromas, representaciones teatrales y todo tipo de entretenimientos. Cada regimiento contaba además con una orquesta y ocasionalmente llegaban a los campamentos compañías de teatro itinerantes. Las funciones de títeres, permitidas en un principio, fueron luego prohibidas porque «se descomedían en sus gracias», haciendo abiertos e irónicos reclamos por la comida, por el vestuario y por los castigos<sup>70</sup>.

Importante papel jugaron las mascotas de los regimientos, que pasaban a constituir una suerte de emblema y recibían el afecto de la tropa. El Coquimbo adoptó en Antofagasta un perro callejero al que bautizaron con el nombre del cuerpo. Fiel como pocos, no dejó de ladrar la noche en que comenzó la ofensiva contra Lima, en los momentos en que se quería atacar por sorpresa la ciudad y a sus custodios. Pese a su lealtad y el cariño de todos, hubo que matarlo para que no entorpeciera la maniobra<sup>71</sup>. No era más fina la mascota del Regimiento Lautaro, que fue adoptada cuando estuvo entrenando en Quillota. Era un pequeño perro blanco con manchas negras que se asomó por el cuartel, siendo acogido de inmediato y bautizado también con el nombre de la unidad. «Participó» en la batalla de Tacna al cazar un zorro momentos antes del ataque, hazaña que fue tomada como augurio de victoria por la tropa. Más tarde, tras la dura campaña de la sierra, fue ascendido al grado de sargento<sup>72</sup>.

La suerte de Lautaro fue sellada cuando se vio envuelto en una pelea con la mascota del Regimiento Coquimbo. El oficial de guardia de este cuerpo, intentando separar a los animales, golpeó con su espada a Lautaro, quien falleció a consecuencia de las heridas. El funeral del perro fue conmovedor. Se le sacó el cuero al cadáver, se le rellenó con paja y se lo trajo a Chile<sup>73</sup>.

La mascota del soldado Gregorio San Martín, «Paraff», recorrió el Perú junto a su amo y participó activamente en la guerra. El perro combatió

en Tarapacá, donde murió su amo. Después de la ocupación de Lima, la oficialidad del cuerpo que había lo adoptado, lo premió con un collar de honor en el cual se leían los nombres de Punta Arenas, Valparaíso, Antofagasta, Guarnición del Toco, Pisagua, San Francisco, Tarapacá, Tacna, Marcha de Pisco a Lurín, Chorrillos y Miraflores. Los soldados, además, acordaron amarrar en su pata derecha la jineta de sargento<sup>74</sup>.

Menos afectuosos fueron los soldados del Regimiento Aconcagua con su mascota llamada «Chola», una perra negra que vivía en el cuartel y que en ocasiones servía de blanco a los inexpertos soldados, sin que jamás la tocara una bala. Fue abandonada cuando partieron a conquistar

Lima<sup>75</sup>

#### Los suministros en el desierto

La dispersión de los cuerpos armados complicaba el aprovisionamiento de la tropa, en especial durante los primeros meses del conflicto. Seis meses después de iniciada la guerra, el Intendente General del Ejército informaba que aún no se había fijado una porción uniforme y diaria para la tropa. Rafael Sotomayor señalaba, en noviembre de 1879, que había abundantes recursos en los almacenes y en los transportes, pero que éstos no llegaban oportunamente a su destino por fallas en la distribución<sup>76</sup>. Debido a la lejanía de los principales centros de aprovisionamiento, la carencia de medios de transporte adecuados y la falta de resolución por parte de las autoridades centrales, las guarniciones debieron celebrar contratos con proveedores locales para asegurar un suministro más regular<sup>77</sup>.

Ante las deficiencias en el suministro de alimentos a las fuerzas de Antofagasta, en abril de 1879, el Ministro de Guerra envió al Comandante en Jefe del Ejército del Norte la propuesta de un particular para la provisión del rancho al Ejército. Éste, sin embargo, rechazó la contratación por considerar excesivas las demandas de franquicia y servicios del proponente, y porque el suministro ofrecido estaba lejos de aproximarse a lo que ya se proporcionaba al soldado. Recomendaba, en cambio, solicitar propuestas en esa localidad, donde había interesados en el negocio<sup>78</sup>.

La llamada correspondiente se retrasó mucho más de lo esperado. Sólo en septiembre de 1880, el Comandante General de Armas promulgó un bando solicitando propuestas para la provisión del rancho en Antofagasta, Caracoles y Calama. El desayuno constaría de una onza de café, una onza y media de azúcar refinada y 150 gramos de pan; el café se daría preparado y sería de buena calidad. El almuerzo consistiría en 350 gramos de frijoles guisados con el suficiente frangollo, grasa, ají y sal; mientras la cena debía tener media libra (230 gramos) de carne de vaca guisada y una cantidad suficiente de papas, cebollas, arroz, ají, grasa y sal. Además del rancho, se contemplaba la provisión oficial a cada individuo, en los respectivos cuarteles, de un litro diario de buena agua dulce<sup>79</sup>.

Aparentemente no hubo interesados. Un veterano de la guerra recordará tiempo después que, durante su estadía en Antofagasta, un plato de lujo era el que jocosamente llamaban banquete a lo pobre, consistente en un poco de agua, sal, bastante ají y cebolla picada sopeada con pan. Dicho sea de paso, la ordenanza militar prohibía, bajo castigo severo, que-

jarse de la calidad de la comida<sup>80</sup>.



Regimiento Esmeralda en el campamento de Pocollay en Tacna. La banda militar encabeza la formación. Antonio Bisama Cuevas, Album Gráfico Militar de Chile...

Conseguir agua en Antofagasta era una hazaña. Cuando se produjo el desembarco chileno, sólo existía un establecimiento de condensación para desalinizar agua de mar que atendía las necesidades locales. Con la afluencia de tropa, su producción no dio abasto y hubo racionamiento. Cada soldado tendría derecho sólo a medio litro diario, el que le era entregado apenas salía de la máquina. Haciendo chanza de ello, Ruperto Marchant Pereira comentaba que la venta de agua hirviendo por los aguadores del lugar «no puede menos de ser perjudicial a la salud pública, mas no así a las lavanderas y a los pinches de cocina que encuentran en este sistema un guapo ahorro de combustible»<sup>81</sup>.

En Iquique, la situación no era mejor. En diciembre de 1879, el desabastecimiento provocó una revuelta de soldados que acabó con la muerte de cuatro de ellos. La situación sólo fue resuelta al mes siguiente, cuando se llegó a un acuerdo con algunos comerciantes locales para proveer el mantenimiento de las fuerzas. Dando cuenta de este hecho, el corresponsal de *El Mercurio* de Valparaíso, Eloy Caviedes, informaba: «... Las tropas en los campamentos ya no pasan días de hambre, como sucedía antaño; ya hasta se dan el lujo de tomar café con azúcar por la mañana; tienen pan caliente y buena provisión de sal; no carecen de víveres frescos, como cebollas y papas, y los cuerpos se fabrican su propio rancho, que no dejan de desear por lo suculento y abundante»<sup>82</sup>.

A diferencia de lo que sucedía en Antofagasta, el agua en esa ciudad no escaseaba, si bien era cara. El suministro provenía de seis máquinas condensadoras y desde un pozo en el interior próximo a la salitrera Nueva Soledad que llegaba por una cañería.

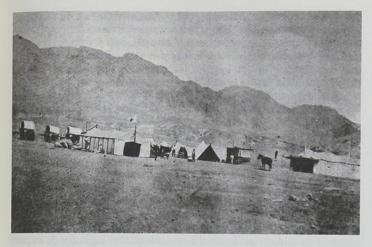
## La asistencia espiritual

El 2 de marzo de 1879, el vicario capitular de Santiago, monseñor Joaquín Larraín Gandarillas, solicitó a la Santa Sede, por intermedio de la Delegación Apostólica en Lima, la facultad para nombrar capellanes

que acompañarían a las tropas de Marina y Ejército.

Aceptada la solicitud, el 18 de marzo de 1879 el Vicario designó a Florencio Fontecilla Sánchez como capellán mayor. Entre abril de 1879 y marzo de 1883, 44 capellanes (dos de ellos españoles) prestaron servicio en el Ejército y la Marina. Los capellanes compartían las condiciones de vida de los soldados y pronto sufrieron sus efectos. Marchant Pereira, en carta a Jorge Montes desde San Francisco en Tarapacá, contaba el estado en que se encontraban algunos de ellos: «Los capellanes estamos de mala: Florencio [Fontecilla] ha estado algo enfermo, consecuencia de un constipado; ya está bien aunque algo flaco y débil. Javier Valdés está verdaderamente arruinado: flaco, feo y puerco hasta no más con principios de tisis (según hoy me dijo Florencio) y también con disentería; felizmente, parece que ya pasó el temporal. Yo, desde mi vuelta de Tarapacá, he andado a mal traer, sacando el cuerpo, como dicen, a la misma respetable señora disentería que parece ser la reina de estos espantosos lugares. No había querido tomar remedios, pero como principiase a ponerme como flauta hube de recurrir hace cuatro días al Dr. Martínez Ramos, que me tiene casi bueno...»83.

Varios murieron por cumplir su labor pastoral: Enrique Christie falleció en Lima afectado de fiebre amarilla contraída mientras asistía a los



Ambulancia Valparaíso en medio del desierto en plena campaña. Antonio Bisama Cuevas, Album Gráfico Militar de Chile...

heridos en el hospital de esa ciudad. Otros, como José María Madariaga, Francisco Javier Valdés Carrera, Eduardo Fabres, Camilo Ortúzar y el mismo Florencio Fontecilla fallecieron en Chile a consecuencia de enfermedades adquiridas durante las campaña<sup>84</sup>.

El compromiso religioso de los capellanes no se limitó al ámbito espiritual ni fue impedimento para apoyar la causa chilena. En marzo de 1879, Fontecilla inició una cruzada en los cuarteles para alentar el patriotismo y predicar la moralidad entre los soldados, logrando que las autoridades militares impusieran algunas medidas, como la expulsión de las mujeres que vivían en el lugar y la prohibición de baños de mar des-

nudos donde hombres y mujeres se bañaban juntos<sup>85</sup>.

Tras el desembarco en Pisagua, Ruperto Marchant Pereira prestó los primeros auxilios a los heridos en el combate, mientras Florencio Fontecilla quedó a cargo del hospital de campaña y la sepultación de cadáveres86. Poco tiempo después, el corresponsal de El Ferrocarril destacaba la «caridad verdaderamente evangélica» de Marchant cuando, durante un combate, se bajó de su caballo para colocar sobre él a dos soldados heridos, «sin importarle las balas y consolando a los heridos con cariñosas palabras»87

José María Madariaga, capellán de la vanguardia del Ejército, antes de iniciar una batalla recorría la línea con una imagen de la Virgen del Carmen en la mano y alentaba a la tropa gritando: «Apunten bien, hijitos, Dios nos proteja y Nuestra Señora del Carmen nos sirva de escudo». Monseñor Joaquín Matte, que recoge el testimonio, agrega: «En verdad, el padre tenía razón: a él le servía de escudo, porque llovían las balas de todas las clases y al padre lo respetaban. Cuando caía alguno de los nuestros, el padre en el acto se dirigía a socorrerlo y le echaba la absolución. En todas partes se le oía exclamar: "¡Valor, hijos, Dios y Patria! No hay que dar soga, la justicia está de nuestra parte; somos menos en número y más en valor. Peleemos como cristianos. Tened confianza en Dios. ¡La Virgen del Carmen nos dará la victoria!"»88.

En carta al provicario capitular, José Ramón Astorga, de abril de 1880, Camilo Ortúzar defendía la labor de aquellos capellanes chilenos acusados por el Vicario capitular de Arequipa de no haber impedido la quema de la iglesia de Mollendo por la soldadesca chilena. Junto con rebatir las impugnaciones, comparaba desfavorablemente a los «párrocos bolivianos y peruanos que, cobardes, abandonan a sus feligreses en el momento del peligro, siendo así que tenían obligación de justicia servirlos y acompañarlos», con los capellanes chilenos, quienes «por sola caridad han prestado siempre toda clase de auxilios a los desgraciados pueblos abandonados por ellos»<sup>89</sup>.

Pero en realidad, si los capellanes chilenos alentaban el ánimo de sus compatriotas en la guerra, lo mismo hacían los párrocos peruanos con las tropas y montoneras de su nación. Se conocen diversos panfletos escritos por curas peruanos de los pueblos interiores incentivando la resistencia. Tras la captura del transporte Rímac, los prisioneros fueron conducidos al interior y alojados en distintas iglesias, con autorización de sus encargados. Se cree, si bien no existen fundamentos claros, que las hordas que atacaron el pueblo de La Concepción en junio de 1882 fueron incentivadas por un sacerdote. Por ello, la actitud del Ejército chileno contra los religiosos peruanos no fue menos dura que con la población civil. El asesinato de un soldado que había sido invitado por los lugareños de un pueblo próximo a Ayacucho motivó la detención de 15 personas y un cura. Luego de un rápido juicio, tres de los inculpados fueron fusilados, debiendo el sacerdote pagar una multa de dos mil pesos y sufrir la demolición completa de su iglesia. Como señalaba un testigo de la época, «a los curas los adoran, se puede decir con propiedad, y ellos tienen la culpa de que los indios anden en revueltas, pues les aconsejan que no dejen invadir su territorio»<sup>90</sup>.

Al inicio de la guerra no se había contemplado asignación alguna para los capellanes, quienes debían mantenerse con recursos propios u obtenerlos por otras vías. El sacerdote franciscano Juan Capistrano Pacheco informaba a su superior en mayo de 1879 que vivía de la caridad del Comandante General de las tropas en Antofagasta, situación que le incomodaba. Pacheco, quien cobraba un peso por misa y recibía donaciones por poner los óleos, solicitaba a su superior un poco de dinero para comprar una Biblia, socorrer a su madre y hermanas a la distancia y costear gastos personales<sup>91</sup>. El 8 de julio de 1879, el gobierno concedió a los capellanes una gratificación de 30 pesos para rancho<sup>92</sup>. La falta de biblias fue parcialmente solucionada cuando el presbítero Kenelm Vaughan donó al Ejército mil ejemplares del *Nuevo Testamento* en agosto de 1879<sup>93</sup>.

El 31 de diciembre de 1879 se reformó el servicio religioso; se dispuso el nombramiento de un capellán mayor, con un sueldo de 100 pesos mensuales, y capellanes de división o ambulancia, que recibirían 75 pesos<sup>94</sup>.

Los problemas no sólo eran económicos. Bernardino Bech y Pablo Vallier, dos religiosos hospitalarios enviados a Iquique en abril de 1880 a asistir enfermos al hospital de campaña de esa ciudad, debieron sufrir la hostilidad de los empleados, en la que se descubría «no sólo odio a la religión y desprecio por sus ministros, sino también un cínico olvido de la decencia y desconocimiento de las leyes más elementales de la urbanidad y la buena crianza». Tras retornar a Santiago y denunciar las irregularidades al Vicario, Vallier decidió no regresar a Iquique y Bech sólo lo hizo con la condición de atender solamente en la casa parroquial, desde la cual procuraría asistir a los enfermos cuando las circunstancias lo permitiesen<sup>95</sup>.



Ambulancia Santiago en el campamento militar de Antofagasta en 1879. Álbum Gráfico Militar de Chile...

Pese a que la gran mayoría de los soldados se declaraban católicos, pocos eran practicantes. Ruperto Marchant recuerda que, para remediar la falta de interesados en oír misa los domingos, se puso de acuerdo con el jefe de la guarnición, que ordenó cerrar todos los «chiribitiles», obligando a toda la tropa a asistir al oficio. El resultado dejó satisfecho al capellán y también a los obreros de las oficinas salitreras colindantes, para quienes la asistencia a la ceremonia religiosa pasó a ser pretexto para bajar a la ciudad y disfrutar de un día completo de descanso<sup>96</sup>.

Las fiestas religiosas eran celebradas sólo con una misa y sin manifestaciones especiales. La primera Navidad de la guerra se celebró en Antofagasta e Iquique sin expendio de alcohol, casas de juegos o prostíbulos, clausurados en ese día por las autoridades de ocupación. Un oficial recordaba que por primera vez pudo ver a sus soldados retornando sobrios a los cuarteles luego del día de franco<sup>97</sup>. La Semana Santa tampoco despertaba mayor fervor religioso. En Antofagasta, para la tradicional quema de imágenes, la figura de Judas fue reemplazada por las de Mariano Ignacio Prado e Hilarión Daza, mientras los discursos religiosos se confundían con los que llamaban a la exaltación patriótica. Un testigo recordaba que, al menos en 1880, la Semana Santa no se conocía «ni de nombre», y que la salida franca era el gran panorama de esos días: «Los bolsillos bien surtidos de billetes de banco, las gargantas secas y para sus remojos numerosas chicherías que son otros tantos panales donde se juntan las abejas humanas a todo, menos a rezar, de las cuales salen vueltos loros y hablando el griego... y llegan al cuartel afirmándose en las paredes o traídos por la Comisión» 98.

La presencia de capellanes no era apreciada por todos los oficiales. Juan E. López, comandante del *Blanco Encalada*, recuerda que algunos de los capellanes que arribaban a la zona de conflicto no eran más que corresponsales de diarios de Santiago y Valparaíso, «las más veces apasionados hasta el estremo de encontrárseles memorias que eran unos verdaderos brulotes de informaciones erróneas i antojadizas». No dudaba en calificarlos como elemente elemente en calificarlos como elemente elemente en calificarlos como elemente elem

calificarlos como elementos perturbadores de la disciplina99.

En ciertos casos, la oposición a los capellanes provenía de oficiales, posiblemente masones, contrarios a la práctica forzosa de la religión. Diego Dublé Almeyda protestó en más de una ocasión por la obligación impuesta a clases y oficiales de asistir a los servicios religiosos, novenas y procesiones. A su juicio, desde la llegada a Antofagasta del general Erasmo Escala, los ejercicios y las prácticas religiosas habían sido más abundantes que los militares. Escribía en su diario: «... el ardor y el entusiasmo por el ejercicio de estas prácticas del paganismo los hace caer en exageraciones y actos impropios de gente educada y de la situación en la que nos hallamos... el general Escala y muchos jefes de alta graduación en el Ejército cuánto mejor habrían estado estudiando siquiera la topografía de los territorios donde probablemente operará el Ejército chileno»<sup>100</sup>.

No obstante la aparente indiferencia religiosa, antes de enfrentarse al enemigo, y frente a la eventualidad de la muerte, los soldados se confesaban y oían pláticas y sermones de los capellanes<sup>101</sup>. Todos tenían, además, escapularios y rosarios, mostrando especial devoción por la Virgen del Carmen; fray Juan Capistrano Pacheco observaba que la novena de la Virgen concitaba un crecido número de feligreses que casi llenaba la iglesia, «pero siendo otra novena, disminuye el número de asistentes» <sup>102</sup>. Muchos oficiales recordaban tiempo después con sincero aprecio la la-



Campamento del Chacabuco y de Zapadores en Antofagasta. Antonio Bisama Cuevas, Álbum Gráfico Militar de Chile...

bor de los capellanes: «Queríamos decir lo que hay de admirable, de sublime, en aquellos sacerdotes que con su piedad, su risa y sus consuelos constantes estaban siempre al lado del soldado, en particular en la hora del peligro o cuando, postrados en el lecho del dolor, eran entonces su único alivio y esperanza» 103.

## El servicio sanitario

El destacamento que ocupó Antofagasta el 14 de febrero de 1879 no llevó médico ni elemento sanitario alguno. Sólo seis días después del desembarco eran enviadas al norte 60 camas para establecer un hospital de emergencia, algunas medicinas y un boticario. Ante la ausencia de médicos, los soldados debían ser atendidos por los cirujanos de los buques 104.

Las consecuencias de la imprevisión sanitaria no tardaron en manifestarse. En abril se presentaron los primeros casos de escarlatina entre los pacientes de dicho hospital, los que ocupaban un cuarto estrecho e inadecuado. Los más graves fueron ubicados en el patio del hospital, rechazándose a los otros menos complicados por falta de espacio.

Para junio de 1879, la población de Antofagasta había aumentado de unas nueve mil a más de 20 mil personas, con el deterioro consiguiente de las condiciones sanitarias. El consumo de alimentos en estado de descomposición, que formaban parte de las raciones de marcha dispuestas por el Estado Mayor, ocasionó numerosos enfermos de disentería e indigestión. Recién el 24 de agosto se ordenó una vacunación antivariólica cuando ya se habían registrado más de 30 casos 105. Un considerable número de soldados presentó problemas de infecciones en sus pies al no permitírseles usar sus botas con medias. Otros presentaban graves heridas causadas por la mala confección de los calzados y los efectos de la marcha por el desierto 106. Como si esto fuera poco, en noviembre se produjo una epidemia de parotiditis que afectó a una parte importante de las tropas 107.

El 9 de mayo de 1879 se promulgó el Plan General del Servicio Sanitario en Campaña, que contemplaba dos cirujanos para cada regimiento, un servicio de ambulancias y hospitales en la retaguardia. El conjunto estaba calculado para atender al 10% de los efectivos en campaña. El primer contingente médico enviado a Antofagasta estuvo integrado por el doctor Nicanor Rojas, profesor de clínica quirúrgica de la Universidad de Chile, nombrado cirujano en jefe del Ejército Expedicionario, y un

grupo de sus alumnos.108

Pronto el peso de la realidad se hizo sentir. El doctor Rojas hacía ver al Jefe del Estado Mayor del Ejército, que la botica, «abandonada a sí misma por la incuria del farmacéutico», se hallaba sin ningún remedio con que despachar una receta, ni un frasco ni un instrumento ni siquiera un pildorario. El hospital de campaña carecía además de ropa de cama e incluso de utensilios elementales: los 100 enfermos residentes disponían de sólo siete platos 109.

Luego del desembarco en Pisagua, sólo bajaron a tierra cuatro cirujanos sin contar con personal auxiliar ni elementos sanitarios indispensables, debiendo atender a más de 100 heridos. Los más graves fueron transportados a Valparaíso, adonde muchos llegaron con sus heridas infectadas y sin posibilidad de tratamiento. Tras la batalla de Dolores, un alto número



de los heridos murió por falta de atención y de elementos de curación. Algunos lograron salvar sus vidas al llegar por sus propios medios hasta Pisagua, donde se había instalado un improvisado hospital de campaña<sup>110</sup>.

Sólo en enero de 1880 el gobierno ordenó aumentar el personal sanitario en los hospitales de Iquique y Pisagua, creándose en esta última ciudad un lazareto. En Iquique y La Noria se establecieron tres hospitales provisorios, en los cuales se atendían hasta 1.400 enfermos<sup>111</sup>.

La campaña de Tacna y Arica puso nuevamente en evidencia la precaria capacidad de los servicios sanitarios. En camas sin colchón, y sólo compuestas de mantas y frazadas, buena parte de los internos debía tenderse en el suelo. En el Hospital San Ramón, en Tacna, junto a los heridos que no podían ser trasladados a Iquique, estaban aquellos enfermos de la tisis, pulmonía o tercianas. Varios de los heridos de guerra fallecieron de esas enfermedades, sin que se tomasen las medidas de aislamiento pertinentes<sup>112</sup>.

Sólo después de conquistado el sur peruano, cuando se disponía el desembarco para la toma de Lima, la tropa fue provista de elementos de primeros auxilios. Consistía en una pequeña bolsa de género que debía contener una venda, un trozo de lienzo de un metro cuadrado y un paquete de hilas o percloruro de hierro, una tira de tela emplástica y dos alfileres de gancho; lo necesario para realizar una curación de urgencia le Cada hombre debía llevar una de estas bolsas en su mochila, pero después de algunos meses era raro encontrar un soldado que la conservara entre su equipo. Durante largas estadías en los campamentos, su contenido había sido reemplazado por otros objetos de uso personal más inmediato, y comúnmente servían de bolsas tabaqueras. Algo, empero, había mejorado el equipamiento de las ambulancias: los cirujanos, a su vez, disponían de cloroformo, opio, morfina, yodo y aparatos prácticos para fracturas, pero su instrumental seguía siendo pobre 114.

Chorrillos destruido por el incendio después de la batalla del 13 de enero de 1881. Antonio Bisama Cuevas, Álbum Gráfico Militar de Chile...

Con todo, muchos de los combatientes estaban conscientes de los riesgos de ser heridos y sufrir la deficiente atención hospitalaria: «Irme al hospital era irme a la muerte», escribía uno de ellos<sup>115</sup>. La situación no variaría demasiado hasta el fin del conflicto.

## Sobreviviendo en territorio enemigo

Luego de una larga temporada de inactividad, buena parte de las fuerzas de ocupación chilenas avanzaron en el territorio peruano en busca de una definición del conflicto. En estas campañas, no sólo debieron sufrir los efectos de las nuevas condiciones geográficas y climáticas, sino también la hostilidad de la población local y la desorganización de las autoridades civiles y militares chilenas.

De hecho, las dificultades experimentadas por miles de soldados chilenos los días posteriores al desembarco en Moquegua, Lurín e Ilo, no se debieron tanto a la resistencia por parte de peruanos y bolivianos, sino a las fallas en el sistema de aprovisionamiento, situación que obligó a par-

te de las tropas a improvisar medidas de subsistencia.

Los primeros desembarcos dejaron la impresión de un desorden caótico. El corresponsal de *El Heraldo*, Daniel Riquelme, escribía que en Lurín «había un verdadero pueblo improvisado de carpas también improvisadas... poblado de hombres, mujeres, caballos, bueyes, vacas, mulas, burros, cabras, ovejas y hasta perros...»<sup>116</sup>. La confusión aumentaba por efecto de la falta de noticias, por lo que se optó por informar oficialmente a la tropa, como lo describe el capitán Casas: «En cuanto la tropa oye el día diana, o que tocan música fuera de las horas de servicio, dice ¡bola! ¡bola! y todos corren aquí y allá a saber noticias, pues es de advertir que aquí se corrían éstas, abultándolas y que hay que esperar, para hacer un apunte, su confirmación oficial»<sup>117</sup>.

La distribución de provisiones durante y después del desembarco fue muy irregular. Poco tiempo antes de comenzar la expedición, el gobierno había acordado con algunos proveedores en Arica el suministro de 250 bueyes cada ocho días. La distribución de la carne, sin embargo, no fue equitativa para todos los destacamentos. Tras el desembarco del Batallón Esmeralda, en las proximidades de Ilo, los únicos alimentos disponibles eran el charqui, transportado a lomo de mulas desde Pacocha. Cuando la espera se alargó más de lo previsto, se sacrificaron los animales de carga, aprovechando además la abundancia de pescado y mariscos de la zona<sup>118</sup>. Los soldados del Lautaro, en cambio, al momento de su desembarco recibieron un trozo de carne cocida, una cebolla cruda, una o dos galletas de marinero y un poco de caldo. Para llevar en los morrales se les dio a cada hombre raciones extras de carne cocida, más una cebolla cruda y dos galletas de marinero.

Con el paso de los días, la situación tendió a mejorar. En Pisco, las tropas eran provistas por la mañana de café con cinco «mililitros» de aguardiente del lugar, una buena cazuela al almuerzo y por la noche un plato de porotos. Para el día se les daba 400 gramos de pan de buena calidad. En Lurín, en cambio, la base alimenticia consistía en porotos y charqui, además del reparto de harina con la que los soldados preparaban sus tortillas de rescoldo. La comida de los oficiales no difería de la del soldado.



El oficial Domingo Toro en 1885. Colección Museo Histórico Nacional.

La cocina era organizada en la forma de «carretas»: en vez que cada hombre cocinara su propio alimento, se organizaban comunidades o grupos de cuatro o más; unos buscaban las provisiones, otros la leña y el más hábil se dedicaba a cocinar los alimentos. Productos complementarios, como la leche condensada y café, eran comprados directamente a los co-

merciantes que seguían al Ejército<sup>119</sup>.

Un ejemplo de la improvisación, y que pudo tener desastrosas consecuencias para el desenlace del conflicto, fue un incidente durante la marcha de la Segunda División desde Ilo a Moquegua. Mientras duró el abastecimiento se comía carne de cerdo, cordero, ternera y aves, además de verduras y frutas, especialmente camotes. Sin embargo, a los pocos días el alimento se hizo escaso y se debió recurrir a lo que se encontraba. Como recuerda uno de los expedicionarios, el Ejército no dejó ningún animal doméstico comestible a su paso<sup>120</sup>.

Pero peor que el hambre fue la sed. El Ministro de Guerra en Campaña había tomado ciertas medidas respecto a la provisión de agua al momento de desembarcar en Ilo, sea mediante el aprovechamiento del río del lugar o de las máquinas destiladoras de los buques<sup>121</sup>. Sin embargo, por dificultades en el transporte, no se logró el abastecimiento oportuno, y durante más de tres días la tropa careció de agua. El teniente Rafael Torreblanca cuenta que en sólo un día 10 soldados fallecieron producto de

la sed<sup>122</sup>.

Para los fumadores, la escasez de tabaco fue un motivo adicional de sufrimiento. Algunos empedernidos intentaron reemplazar el tabaco con hojas del algodonero. Un coronel del Tercero de Línea que fumaba puros durante sus paseos, era seguido por algunos soldados que se apresuraban en recoger el pucho cuando lo tiraba, «el que cuidadosamente picaban para hacer cigarrillos o dar mejor sabor a las hojas de algodón» 123.

La dramática situación generó un conato de amotinamiento y el intento de fuga de numerosos soldados. Uno de los oficiales del destacamento en marcha a Moquegua telegrafiaba al cuartel general advirtiendo que la indisciplina de las tropas se tornaba insostenible si no llegaba provisión de agua. Ante el imperativo de la sed, la tropa se dispersaba en busca de la misma, a pesar de las órdenes estrictas y del empleo de arti-

llería contra quienes emprendían la fuga<sup>124</sup>.

No menos problemática fue la marcha de Tacna a Pacocha, durante la cual faltó el apoyo logístico. Si bien los soldados en la expedición tenían la orden de beber el agua que se llevaba en las caramayolas sólo en caso de sed extrema, la recomendación no surtió efecto y el líquido se les acabó esa misma tarde. Alberto del Solar recuerda haber visto a un soldado de su compañía revolcándose sobre la arena y, medio loco, enterrar su boca en ella para buscar instintivamente la humedad. Transcurridos los años, no olvidaba la sensación de su garganta hirviendo, la lengua seca y pegajosa, la voz ronca y la frente encendida, «síntomas todos que acompañan a una sed devoradora» 125

Una vez asentados en Moquegua, los problemas fueron otros. Para delicia de los soldados, parte de dicho valle era una zona de viñedos. No obstante las órdenes superiores, eran frecuentes los asaltos a las bodegas del lugar. Así, en estado de ebriedad, los actos violentos no se hacían esperar. Un testigo señalaba que entristecía ver a la tropa saquear las casas abandonadas en busca objetos de valor<sup>126</sup>. En vista de que buena parte de la tropa acantonada en el valle de Moquegua se embriagaba a pesar



Los niños también participaron en la Guerra del Pacífico. El de la foto, no identificado, perdió su pierna en Arica al pisar una mina. Colección Museo Histórico Nacional.

de la prohibición, se procedió a botar el vino de las bodegas. Tan grande fue la cantidad, que los soldados hacían represas para juntarlo y se ten-

dían boca abajo para beberlo<sup>127</sup>

El aburrimiento también se dejaba sentir. Una forma de pasar el tiempo era escribiendo cartas. Durante la campaña de Tarapacá se organizó un servicio de correo, cuyo centro de distribución estuvo primero en Pisagua, luego en Pachoca y, para fines de 1880, en Arica, el cual llegó a mover más de 30 mil piezas mensuales. La llegada desde Chile de periódicos y correspondencia de la familia, «era un acontecimiento colosal que nos volvía locos de placer a la vez que nos prestaba materia para unos cuantos días de charla».

La estadía en el campamento de Pacocha fue acompañada por una impresionante plaga de moscas y mosquitos que poblaban el aire «en tan grande cantidad, que durante las horas más ardientes del día penetraban por millares en nuestras tiendas y nos mortificaban de mil maneras, especialmente en la comida, el sueño de la tarde y la lectura» 128. Los insectos eran también factor de infecciones; la diarrea, el síntoma más evidente de los continuos malestares estomacales del Ejército en esta fase de la guerra, era originada por el consumo de frutas y de caña de azúcar contagiadas por esas plagas 129.

Enfrentados a una situación difícil, la desesperanza no tardaría en aparecer. José Francisco Vergara escribía, a mediados de marzo de 1881, que el Ejército «no tenía una administración arreglada y en cualquier momento que se intente se vuelve todo confusión y desorden». En carta del 26 de marzo, el Ministro del Interior denunciaba al de Guerra en Campaña la supuesta inoperancia de los jefes del Ejército, quienes, a su juicio, jamás harían nada bien hecho, «por más que se les esté apuntando todo» 130

## Lima, ciudad ocupada

La ocupación de Lima vino a ser, para muchos de los soldados, la merecida recompensa por las miserias que habían padecido. Contribuía a esta sensación el desprecio hacia sus adversarios, los discursos nacionalistas de la oficialidad, las promesas de diversa índole y la propagación de curiosos mitos. Uno de ellos, por ejemplo, señalaba que las tiendas y joyerías de la ciudad eran tan fastuosas como en el Oriente de los cuentos y en los campamentos circulaban planos con la ubicación exacta de cada una de ellas. Se decía también que las calles de Lima estaban minadas para la defensa y que este secreto lo había revelado el cuerpo diplomático al General en Jefe a condición de que en el saqueo de la ciudad se respetara a los extranjeros y sus pertenencias. Mucha mayor sensación producía la noticia, «sabida de buena tinta», de que las limeñas no usaban ropa interior y que tenían la costumbre de dormir la siesta sólo en camisa y recostadas en hamacas 131.

Los preparativos para el ataque a la capital peruana contemplaron la normalización en la entrega de provisiones, disponiendo cada soldado de dos panes y una abundante provisión de carne cocida<sup>132</sup>. Las mujeres que seguían al Ejército fueron retenidas en el campamento de Lurín, donde quedaron a cargo de los enfermos y de los bagajes. Se impidió el paso de los animales de carga, cuyos gritos podían llamar la atención del enemigo, mientras los soldados prendían fuego a las ramadas. Un testigo pre-



Pelotón de cazadores a caballo en el campo de batalla cercano a Chorrillos. Antonio Bisama Cuevas, Album Gráfico Militar de Chile...

sencial describe la marcha a Lima: «Los espíritus más débiles se dejan invadir por una impresión melancólica por el aspecto triste y solemne a la vez de esta masa humana, en la que la muerte va a hacer bien pronto una amplia cosecha. Las conversaciones mantenidas en voz baja tienen un acento más grave que en la víspera. Se experimenta simpatía para con los compañeros de camino, y que tal vez no se les verá nunca más...» 133.

En la noche previa a Chorrillos, muchos de los involucrados hicieron «testamentos verbales» para que, llegado el caso, se entregasen a sus familias los pocos recuerdos llevados en campaña, como la espada u otros artículos. Un oficial recuerda los pensamientos de la gente aquella noche:

«Nadie piensa en la derrota, porque no teniendo para donde irse y siendo victoriosos los peruanos nos asesinarían miserablemente; esta convicción está arraigada hasta en el último soldado, teniendo que vencer a un ejército enemigo doble al nuestro; no tenemos más protección que nuestras bayonetas» <sup>134</sup>.

La batalla de Chorrillos fue una de las más brillantes victorias de esta guerra, y también, posiblemente, la más violenta. Un oficial recuerda que, en medio de los incendios, los soldados, «ebrios de vino, sangre y victoria», mataban, saqueaban y bebían a discreción<sup>135</sup>. Otro combatiente hace ver que las bajas chilenas fueron mayores con posterioridad a la ba-

talla que por causa de ella<sup>136</sup>.

Reagrupar las tropas después de Chorrillos fue una labor complica-da. La mayor parte de la gente dormía en la llanura, mientras otros, sin prestar atención a la orden de reagruparse, buscaban agua y alimentos saqueando las casas del pueblo. El enfrentamiento en Miraflores, producido mientras se desarrollaban tratativas para la rendición de la ciudad, fue precedido de un ambiente de incertidumbre y en medio de un desorden en la tropa <sup>137</sup>. Luego del desbande del Ejército peruano, las fuerzas chilenas permanecieron fuera de Lima, dejando la ciudad indefensa ante la plebe. «Los habitantes de Lima estaban en un terrible estado de agitación. Temían no sólo la violencia de los chilenos sino la de sus propias turbas formadas por desertores del Ejército» <sup>138</sup>. Los chinos fueron las mayores aunque no las únicas víctimas de estos excesos. La situación en la capital y en el Callao se agravó al punto que las autoridades locales solicitaron al general Baquedano que entrara con sus fuerzas a Lima <sup>139</sup>.

Formalizada la ocupación de la ciudad, los harapientos uniformes de la tropa chilena fueron cambiados por otros nuevos y los oficiales recibieron adelantos a cuenta de sus sueldos, lo que les permitió proveerse de ropa interior, calzado y demás. A los soldados se les premió además

con montos de dinero que variaban de tres a 30 pesos 140.

Los cuerpos del Ejército fueron alojados en los antiguos cuarteles peruanos, en el Palacio de la Exposición y en la Escuela de Artes y Oficios, lugares en su mayoría húmedos e insalubres. El Ejército ocupó también los hospitales Dos de Mayo y Santa Sofía en Lima, donde los soldados fueron atendidos por las hermanas de la Caridad, principalmente francesas. El Cuarto de Línea ocupaba la Escuela de Medicina y el edificio anexo del Hospital San Andrés, mientras la farmacia del Ejército se ubicó en la Biblioteca Nacional<sup>141</sup>.

A los pocos días de la entrada del Ejército se inició la publicación de diarios chilenos en la ciudad. El primero fue *La Actualidad*, reemplazado en marzo por *La Situación* que, a su vez, se transformó en *Diario Oficial*; mientras, en el Callao se publicó *El Día*, al cual sucedió *El Comercio*, ba-



Oficiales de la corbeta de guerra Abato. Antonio Bisama Cuevas, Álbum Gráfico Militar de Chile...

jo la dirección de Luis E. Castro<sup>142</sup>. Con la ocupación nació también una nueva y creciente burocracia política. En abril de 1883, C. de V. Drummond Hay, el cónsul inglés en Valparaíso, escribía a su gobierno que varios miles de chilenos ocupaban puestos de gobierno en Perú, obteniendo mayores salarios y más ventajas personales de lo que jamás obtuvieron en Chile: «Están contentos de que la ocupación continúe lo más posible», señalaba<sup>143</sup>.

## Después de la ocupación

Tras la toma de Lima se produjo el licenciamiento de un número importante de soldados, quienes regresaron a su lugar de origen u optaron por quedarse en Iquique o Antofagasta, para probar suerte en las salitreras. Otros permanecieron en Perú trabajando como funcionarios civiles durante la ocupación. Sólo un número reducido de ellos continuó en el Ejército. Ciertamente, el entusiasmo creado por la ocupación de la capital peruana hizo que miles de jóvenes chilenos acudiesen a los cuarteles a integrarse a las filas, y que el propio Ejército reclutara soldados en sectores aislados, en especial en las minas del norte chileno, a quienes se agasajaba y se les hablaba de las hazañas de la guerra y la regalada vida que llevaban, tentándolos a unirse<sup>144</sup>. En el sur, las autoridades llegaron a ofrecer hasta 60 pesos por enrolarse. Rápidamente, el Ejército saturaría su capacidad, lo que llevó al Ministro del Interior a pedir al Inspector General, en enero de 1881, el cese inmediato de los enganches y el reclutamiento de voluntarios<sup>145</sup>.

La euforia por la ocupación pronto se desvaneció. Los primeros cuestionamientos contra el manejo de la guerra y el arribo de noticias sensacionalistas provenientes de Lima, informando sobre la desmedrada situación del Ejército nacional, comenzaron a frenar el entusiasmo por integrarse a él. Fue así como el 26 de agosto de 1881 el Ministro del Interior envió una circular a los comandantes generales de armas en la que solicitaba nombrar comisiones de enganche, ofreciendo una prima de hasta 40 pesos por hombre. Todo individuo enrolado debía ser sometido a reconocimiento médico, siendo abonada la prima una vez que el enganchado era declarado apto para el servicio militar<sup>146</sup>.

En febrero de 1882, el Ejército de Ocupación estaba compuesto por casi 14 mil soldados, con un contingente estable de algo más de cinco mil hombres acantonados en Lima y sus alrededores 147. La capital peruana, desde el momento de la entrada de las fuerzas nacionales, había sido completamente embanderada, a la vez que se mantenía un estricto toque de queda para la población local desde tempranas horas de la tarde. Un extranjero de visita en la ciudad en 1882 recuerda la gran profusión de soldados y oficiales, quienes tenían la costumbre de pasear cubiertos de galones, adornos y penachos, manteniendo a la ciudad bajo un régimen de «terror saludable» 148.

La inactividad de las fuerzas chilenas y el mayor margen de libertad tuvieron algunos efectos negativos. Repetidas veces, soldados y oficiales abusaban del alcohol y de la autoridad, que toleraba los actos de indisciplina. Como señala un observador francés, muchos oficiales no se atrevían a castigar hechos dignos de ser juzgados por una corte marcial. «Habría demasiados», señalaba un general 149.

Era frecuente que soldados se pararan en los portales a molestar a los que calificaban como «lechuguinos limeños que tenían la poca vergüenza de pasearse por ellos estando su patria invadida por el enemi-

go» 150.

Alberto del Solar narra una anécdota que, si bien puede resultar simpática, encierra lo que quizás era la opinión generalizada en Lima respecto de los chilenos. En una ocasión, en la esquina de un portal, un oficial golpeó involuntariamente a una joven limeña. Después de pedir-le las disculpas correspondientes, la mujer lo excusó llamándolo «toca-yo». Intrigado, el militar preguntó el porqué del comentario, ante lo cual la mujer le respondió: «mi nombre es Bárbara» 151.

Otra noche, un grupo de mujeres se presentó a la guardia de uno de los destacamentos de la ciudad, acusando a un grupo de soldados de todo tipo de vejaciones, en una casa frente a la de ellas. El hecho no tenía explicación, pues ningún militar había sido visto atravesando la única puerta de la casa, ni menos se habían visto soldados transitar por la calle. Cuando un oficial investigó la situación, descubrió en la vivienda ocupada por los chilenos un pasadizo subterráneo que conducía directamente

a la casa de las afectadas 152.

En muchos casos, la animadversión peruana fue agudizada por la actuación de las mismas autoridades chilenas. El 20 de julio de 1881, un soldado fue asaltado y muerto en una calle limeña. Fueron detenidos cinco sospechosos y como ninguno confesó su participación en el crimen, sus nombres fueron echados al sorteo y el elegido fue fusilado. Como el resto insistía en su inocencia, al atardecer otros dos fueron ejecutados, pese a los pedidos de clemencia del cuerpo diplomático y residentes extranjeros<sup>153</sup>. En junio de 1881, el jefe de operaciones del Ejército de Ocupación, Patricio Lynch, se vio en la obligación de expulsar a algunos oficiales con el objeto de preservar la instrucción, moralidad y disciplina del Ejército. Dispuso además que se efectuaran revistas semanales a varios cuerpos comprometidos en actos de indisciplina, prohibiendo que los soldados portasen armas en sus días francos y en las salidas nocturnas<sup>154</sup>.

Lynch advertía que el Ejército se encontraba en un peligroso estado de desmoralización y aconsejó al gobierno reglamentar las malas costumbres. En su memoria de 1882 señala: «Uno de los grandes males es el uso excesivo de bebidas alcohólicas que hacen los soldados en horas francas. Por lo general, consumían aguardiente y ron... Corregido el vicio de la embriaguez, i reglamentada la prostitución, disminuirán considerablemente las enfermedades...»<sup>155</sup>.

No todos los efectos de la ocupación de Lima fueron malos para sus habitantes. Pese a las fuertes contribuciones de guerra impuestas a las familias más ricas de la ciudad, la presencia chilena dio a los sectores respetables de la población una seguridad poco habitual. Algunos estimaban incluso que restaurar el antiguo orden de las cosas era «aspirar a descender» <sup>156</sup>. Muchos oficiales y soldados establecieron fuertes vínculos de amistad con familias peruanas que se extendieron más allá de la guerra. Y no sólo eso. Como recuerda un soldado, las «hermosísimas i mui simpáticas morenas consiguieron lo que no consiguió el Ejército aliado»; esto es, rendir a los chilenos <sup>157</sup>. Muchos soldados retornaron al país casados o con novias, y otro importante número dejó recuerdos vivos de su estadía <sup>158</sup>.



Jefes y oficiales que combatieron en Tarapacá del Regimiento 2º de Línea. Antonio Bisama Cuevas, Álbum Gráfico Militar de Chile...

#### La vida en la Sierra

La ocupación de Lima no puso fin a la guerra. Resultó difícil, si no imposible, conseguir que los peruanos se avinieran a aceptar las condiciones de paz exigidas. Por otra parte, la mantención del Ejército de Ocupación representaba un costo para el gobierno de Chile, mientras que para los soldados, la indefinición de la guerra y la prolongación de la ausencia de la patria provocaban un efecto desmoralizador. Las hostilidades se trasladaron a la Sierra, donde las montoneras enemigas mantenían la resistencia. Estas últimas campañas fueron extremadamente duras; se llevaron a cabo bajo un clima inclemente, con poca alimentación y pertrechos, y aun menos apoyo logístico.

En este nuevo escenario no era extraño que decayeran los ánimos y el entusiasmo para combatir. Ante las oscuras perspectivas de una nueva campaña, hubo quienes buscaron conseguir un rápido licenciamiento, como en los inicios del conflicto, simulando una enfermedad o alguna complicación física. Esto tenía sus riesgos, por el absoluto descuido de los centros hospitalarios. Un soldado señalaba que la posibilidad de hacerse el enfermo y partir a un hospital era aún peor, «porque va arriesgando su propio pellejo si va sano»<sup>159</sup>.

Mientras algunos afortunados lograron permanecer en Lima, el grueso de los regimientos fue enviado al interior, dividiéndose en pequeñas compañías acantonadas en los diversos pueblos. Las tropas no iban solas. El asentamiento de las tropas chilenas en un pueblo al interior de la Sierra indicaba también la apertura de una gran cantidad de chincheles en las inmediaciones de los cuarteles. Como consecuencia de esto se produjeron graves desórdenes que dejaban tantos heridos como un enfrentamiento con las montoneras. El alcohol de mala calidad, principalmente aguardientes de grano, caña, e incluso de madera, ocasionó una epide-

mia de tifus que hizo estragos en todas las guarniciones, especialmente en Huancayo. Sobre 1.500 a 1.600 individuos acantonados en esa ciudad, se registraron más de 200 muertes causadas por el flagelo, incluidos cuatro médicos cirujanos de las ambulancias. Los hospitales y las ambulancias estaban atestados de soldados enfermos, con la merma consiguiente en el número de combatientes 160.

El 8 de enero de 1882, el coronel Estanislao del Canto, comandante en jefe de la División del Centro, decretó la prohibición absoluta de venta de licores a la tropa de la división. Quienes fuesen descubiertos o delatados debían pagar la multa que les impusiera el tribunal militar, mientras que el vendedor sufriría la confiscación de todo el líquido que tuviera en

su poder161.

Pese a este tipo de medidas, las enfermedades derivadas de la ingesta de alcohol de mala calidad y del consumo de alcohol de caña se propagaban rápidamente. El general Alejandro Gorostiaga, uno de los jefes de la expedición a la Sierra, señalaba en 1883: «... las enfermedades que más nos atacaron en campaña fueron diarreas, disenterías i viruela de mal carácter. Tuvimos que andar como judíos errantes sacando el cuerpo a la última enfermedad. En Cajabamba arreció tanto la diarrea con fuertes dolores, que creo que no quedó nadie exento del mal».

El alcohol y los frutos locales eran sólo parte de los problemas. El soroche o apunamiento debido a la altura, afectó por igual a hombres y animales durante la expedición, haciendo las marchas insoportables. Un soldado recuerda los síntomas de la altura: «Con el soroche se siente un cansancio al pecho que le va oprimiendo poco a poco la garganta, hasta el punto de que no pueden más las narices. Parece que las tuviera dobles,

y adentro del pecho, como si le hubieran refregado ají» 162.

En el norte peruano, la fiebre amarilla afectó gravemente a las fuerzas chilenas allí acantonadas. Sólo durante octubre de 1882 fallecieron en Trujillo y Chiclayo 419 hombres, entre tropa y oficiales. La situación era tan grave que el jefe político y militar de las provincias de Libertad y Lambayeque, llegó a solicitar al Ministro de Guerra el inmediato abandono de «esas plazas malsanas», y limitar el control a la región costera.

Al mismo tiempo, una extraña plaga conocida como *piques* afectó a las tropas. Era un insecto que se escondía bajo las uñas de los pies, y que en tres o cuatro días horadaba la carne, se internaba y depositaba una bolsa con infinidad de huevecillos. El remedio aplicado era operar con un alfiler o navaja en torno a toda la parte horadada hasta sacar íntegra la bolsa y a la vez al pique, y luego taconear la cavidad con la ceniza de un cigarro mezclada con el tabaco a medio quemar<sup>163</sup>. Asimismo, no fue escaso el número de soldados que presentaron serias afecciones oculares, que terminaban en la ceguera y cuyo origen nunca fue aclarado<sup>164</sup>.

Para solventar los gastos que significaba el acantonamiento de la tropa, un bando de febrero de 1882 dispuso que los destacamentos de la División del Centro tendrían que ser mantenidos por los habitantes de la zona donde estaban acuartelados, siendo los alcaldes de las diversas poblaciones los encargados de fijar las cuotas que debían aportar los vecinos propietarios y hacendados. Los primeros días todo marchó con regularidad, pero al cabo de un tiempo comenzó la evasión del pago. Ante esto, Estanislao del Canto publicó el 11 de marzo otro bando que reiteraba la obligación del pago y amenazaba con aplicar multas equivalentes a diez



Regreso de los vencedores a Valparaíso. La euforia popular iría decreciendo con el tiempo, y el reconocimiento para con los soldados también. J. Antonio Bisama Cuevas, Álbum Gráfico Militar de Chile...



«Donde usted las ve, estas medallas nos las dio la nación en cambio de haberle dado nosotros mil millones en salitre, y hoy tenemos que empeñarlas para no morir de hambre». Publicado en un medio desconocido el 7 de octubre de 1907. Colección Academia de Historia Militar.

veces la suma debida. En caso de rebeldía se embargarían y rematarían la totalidad de los bienes del deudor<sup>165</sup>.

La medida no surtió el efecto esperado; por el contrario, despertó una mayor resistencia en los habitantes del interior. A fines de marzo, Del Canto escribía al Jefe del Estado Mayor relatando las penurias que debían sufrir destacamentos en Oroya, Tarma, Jauja y La Concepción: «Los indios de estas sierras se han levantado por los cuatro vientos, porque más que su Dios i su vida, defienden a sus animales... los han retirado a la montaña i a gran distancia, de modo que los recursos de víveres van a seguir escaseando, por cuya razón espero que Us. remita en la próxima oportunidad charqui, grasa, arroz, azúcar i sal, víveres que son escasísimos i que en cualquier eventualidad salvarán la situación» 166.

El Cuartel General de Lima intentaba atender directamente el suministro de galletas, azúcar, café y efectos de vestuario y equipo. La dificultad para adquirir esos artículos fue aumentando cada día: el ganado, de ser escaso, llegó a ser raro, y para junio de 1882 las reservas de cereales en Lima se agotaron debido a que años de continuada guerra habían perturbado las faenas agrícolas. La cosecha de ese año representaba un 30% de lo recolectado en épocas normales. Faltaba de todo. Un oficial recuerda que ni siquiera las requisiciones a que se recurrió dieron resultado: «... para obtener la sal necesaria para la confección del rancho hubo que recurrir a las visitas domiciliarias; las comisiones iban de almacén en almacén, de casa en casa, requisando la sal que se encontraba, pues este artículo no se vendía en parte alguna» 167.

En julio de 1882, Lynch informaba al Ministro de Guerra la imposibilidad de hacer efectivas las contribuciones impuestas a los pueblos interiores para solventar el Ejército. La mantención del Ejército en Huancayo importaba un gasto mensual de 50.039 soles, pero sólo había podido recaudar 25 mil. Lynch solicitaba encarecidamente que el abastecimiento

del Ejército fuese devuelto a la Intendencia General<sup>168</sup>.

Si las condiciones en Lima eran difíciles, peores eran las que experimentaban las fuerzas expedicionarias. Lo extenso de la línea de ocupación, sumado a la presencia de bandoleros en los caminos rurales, hacía difícil el abastecimiento. En los cuerpos que pasaban meses entre las serranías, sin contacto directo con los centros de aprovisionamiento, el pan de harina era reemplazado por el pan de afrecho. La carne de vacuno era un privilegio al que los soldados accedían sólo dos veces al mes, comiendo en cambio carne de llama cuando lograban atrapar alguno de estos animales. Marcos Ibarra señala que su dieta estaba compuesta de arvejas, fideos, charqui apolillado, pantrucas y galletas tan duras que sólo se podían partir a culatazos; el café fue sustituido por infusiones de hoja de coca<sup>169</sup>.

El vestuario también se había resentido con la campaña. El mismo testigo afirmaba que los uniformes grises estaban remendados con bayetas de colores. De las botas, sólo les quedaban las cañas, con las cuales fabricaban ojotas para «calzar los pies y poder seguir al enemigo»<sup>170</sup>.

Contribuía al desaliento de los soldados la falta de compañía femenina, el desarraigo y la añoranza de los suyos. El 1 de diciembre de 1880 se dictaba la prohibición a toda persona que no perteneciera al Ejército de asociarse a cualquiera de sus divisiones. El decreto apuntaba al gran número de mujeres que seguía a las fuerzas militares, situación «que relajaba y quebrantaba todo buen régimen»<sup>171</sup>. Tiempo después, el 14 de

agosto de 1882, un decreto restringía las visitas en Perú de las familias de jefes, oficiales e individuos de tropas del Ejército. Las esposas e hijos de Estanislao del Canto y Alejandro Gorostiaga, entre otros oficiales, que habían llegado al Callao pocos días antes de la promulgación de la normativa, tuvieron que retornar de inmediato a Chile sin lograr verlos<sup>172</sup>.

El hastío se reflejó muchas veces en deserciones. Los soldados encontraban asilo en las haciendas del interior o en las minas. El 26 de diciembre de 1882, el jefe político y militar de Ica dispuso una multa de mil pesos de plata a quien tuviese empleados chilenos, ordenando a su

vez su entrega para su inmediata ejecución<sup>173</sup>.

La guerra de desgaste a la que fue sometido el Ejército en el último año del conflicto costó más vidas que todas las campañas anteriores. Sólo en la expedición comandada por Marco Aurelio Arriagada, entre junio y agosto de 1883, de los 3.334 soldados que partieron de Lima hacia el interior, sólo regresaron 1.902, de los cuales 574 presentaban síntomas

de alguna enfermedad.

La necesidad de poner definitivo término al conflicto impulsó a Lynch a solicitar a oficiales y soldados un esfuerzo final. Los estímulos no faltaron: en abril de 1883, el Jefe del Ejército prometió a cada soldado una gratificación de tres a cinco pesos por cada rifle que quitaran a un soldado del coronel peruano Cáceres, además de la libertad de disponer de sus útiles y víveres. Al aliento de Lynch se sumaba la difusión de comentarios sobre el abatimiento de las tropas de resistencia peruana y la proximidad del fin de la guerra. Antes de enfrentarse en la batalla de Huamachuco, Gorostiaga prometió ocho pesos a cada soldado y el inmediato traslado a Chile de las tropas.

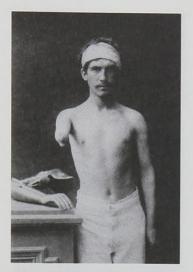
Desconocemos si la promesa se cumplió. Poco tiempo después, luego de esta batalla decisiva, un oficial reflexionaba sobre la lucha en la Sierra, donde muchos de sus soldados habían muerto: «... los había visto sanos i fuertes, batiéndose como leones en más de una ocasión; sobrellevar la fatiga de largas marchas sin que les hiciera mella el calor o el frío, la lluvia ni la nieve; los había visto durante meses caminar por la áspera Sierra, mal alimentados, por no decir hambrientos, sin calzado casi, dejando su sangre gota a gota en los guijarros del camino, pero siempre animosos i alegres, siempre orgullosos de servir a la querida Patria. Helos ahí ahora convertidos en míseros esqueletos» 174.

## El «pago» de Chile

El esfuerzo de los soldados en la guerra no fue debidamente recompensado al término del conflicto. La recepción a las tropas fue un mal augurio de lo que vendría. Cuando el grueso de las fuerzas expedicionarias arribó a Valparaíso en las primeras horas de la mañana, debieron mantenerse formados en las calles del puerto durante horas, sin agua ni pan, resistiendo sólo con el café con galleta del desayuno. A las dos de la tarde aún estaban formados en su lugar de descanso y no se les permitía comprar ni un pan ni recibir nada de los concurrentes. Algunas personas, conmovidas, se arriesgaban y les regalaban alimentos: un señor compró una carretilla de tortillas y se las regaló a los soldados, mientras otro aparecía con enormes arrollados de chancho. Otros pasaban botellas de vino, cerveza o pisco<sup>175</sup>.



Restos humanos de chilenos, peruanos y bolivianos caídos en la batalla de Campo de la Alianza. Colección Museo Histórico Nacional.



Soldado José Lagos, herido en Lima, un brazo artificial con mano que incluía un pulgar articulado, sirvió para reemplazar la extremidad perdida. Colección Museo Histórico Nacional.

Pese a esta desorganización, durante los primeros meses de terminada la guerra, los soldados recibieron el reconocimiento público y un tratamiento de héroes. El *Diario Oficial*, al comentar el retorno de diversos regimientos una vez conquistada Lima, señaló: «Esos soldados que hoy regresan con el pecho cubierto de insignias darán más vigoroso desarrollo a las tareas de la industria... [y] serán también fuerza moral irresistible; ellos traen al hogar más amor, más fuerza, i una idea más elevada de la patria i de los sagrados deberes que ella impone» 176.

Con todo, transcurrida la euforia del primer momento, los hombres que volvían a Chile debieron enfrentar la realidad. Para la gran mayoría, el regreso estuvo marcado por el desencanto y la desorientación. José Francisco Vergara debió vender numerosas propiedades en Santiago a su regreso para pagar deudas acumuladas de sus desatendidos negocios por más de 160 mil pesos. Reiniciar una nueva vida, buscar trabajo, emplearse en labores olvidadas, marcó un cambio brusco que no todos pudieron o supieron asimilar. Tres días después de desembarcar en Valparaíso, 39 ex combatientes fueron detenidos acusados de asaltar tres casas comerciales del puerto 177. La tasa de criminalidad en el país se duplicó entre 1879 y 1881, al igual que la cifra de robos en las principales ciudades. Un número importante de soldados pasó a integrar las bandas de salteadores que abundaron en los campos hasta entrado el siglo XX<sup>178</sup>.

La reinserción de los combatientes una vez finalizada la guerra fue tema de análisis aun durante el desarrollo del conflicto. En 1883, José Bernardo Suárez, en su libro *La Moral Militar. Manual de los deberes del soldado chileno*, expresaba su preocupación por el futuro de los soldados: «... tenemos que mejorar la condición moral del soldado, debemos procurar ilustrarlo por todos los medios compatibles con su abnegada profesión. Los sacrificios que hace por el bien de su patria merecen recompensa y, por consiguiente, se le debe educar y proporcionar los medios para adquirir instrucción. Al volver el soldado a su casa, cumplido su compromiso, llevaría, de este modo, los beneficios de la instrucción. De esta manera también el Estado, por medio del Ejército, contribuiría a formar soldados inteligentes, laboriosos, i sobre todo morales» 179.

Así como la vida en campaña había sido dura, la paga de los combatientes había sido magra. Un soldado recibía un sueldo equivalente a 10 pesos mensuales, mientras un capitán recibía 95 pesos, pagados con recibos a cuenta del total<sup>180</sup>. En su Memoria correspondiente a 1881, el Inspector General del Ejército escribía al Ministro de Guerra sobre lo bajo de las remuneraciones: «... el sueldo de los jefes i oficiales en servicio activo no está a la altura de la situación que ha alcanzado la república en su estado floreciente de las rentas nacionales. El de la tropa es más deficiente aún. Si se quiere tener buenos soldados deben ser éstos bien rentados...»<sup>181</sup>.

En verdad, los ingresos de los oficiales nunca fueron suculentos, ni antes, ni durante ni después del conflicto. Carlos Condell, en carta escrita a su mujer en octubre de 1879, deja ver la pobreza de parte de la oficialidad: «Le mando el saco con la ropa para que la laven. Nada le puedo enviar como regalo, estoy muy pobre, pero para otra vez espero enviarle naranjas, camotes, plátanos, platas... Pero si esto no va, en cambio le envió un cargamento de besos, abrazos i cariñitos» 182.

Raramente se pagaba a la gente con puntualidad, y menos durante las campañas de la Sierra. En septiembre de 1882, el Ministro del Interior informaba al Intendente General del Ejército y Armada que la paga sería

entregada a cada soldado al tiempo de licenciarse, «a fin de que cuente con una suma cualquiera para atender sus necesidades», aunque por ello no pudiera satisfacer las del momento 183. De hecho, muchos soldados volvieron a Chile sin haber recibido su paga, y sin recibirla nunca.

Si la situación de los combatientes era mala, peor era la de los familiares de los caídos. Conforme a las disposiciones vigentes al estallar la guerra, un oficial jubilado, con 20 años de servicio, recibía el 50% del sueldo correspondiente al grado en actividad. En caso de estar afectado de una enfermedad incurable contraída en guerra, recibía el pago completo sólo si contaba con 10 años de servicio a lo menos. En caso de haber perdido un miembro en acto de guerra, percibía dos tercios de su sueldo 184.

La primera ley de pensiones de 26 de diciembre de 1879, que tuvo un carácter transitorio, disponía que las personas que tuviesen la condición de «asignatarios forzosos» recibieran sólo la mitad del sueldo de los ofi-

ciales e individuos de tropa<sup>185</sup>.

En diciembre de 1881 se promulgó la ley de pensiones a los inválidos y a las familias de los fallecidos. En ella se estipulaba que un inválido absoluto tendría derecho a una pensión vitalicia equivalente al sueldo íntegro del empleo o clase en la fecha de promulgación de la ley. Los inválidos relativos tendrían derecho a una pensión vitalicia equivalente a dos tercios del sueldo de soldado. El Estado suministraría los aparatos ortopédicos necesarios para suplir los miembros mutilados. En el caso de los muertos en acciones de guerra, su viuda e hijos legítimos tendrían derecho a la mitad del sueldo. La madre viuda de un muerto en la guerra. o a consecuencia de ella, que no hubiese dejado familia propia, tendría derecho a una cuarta parte del ingreso de su deudo, al igual que la madre viuda de muertos en guerra que no hubieren dejado viuda ni hijos ilegítimos. Los hijos naturales de los combatientes muertos en acción de guerra y que no hubieren dejado viuda, hijos o madre viuda legítimos, tendrían derecho a una pensión equivalente a una tercera parte de su sueldo. Las viudas e hijos legítimos percibirían tres meses de sueldo, sin perjuicio del pago de montepío 186. Junto con disponer el pago de pensiones,



La cruda realidad de la guerra se aprecia en esta vista de muertos y heridos en el campo de Miraflores en las cercanías de Lima en 1880. Colección Museo Histórico Nacional.



Militares chilenos durante la ocupación de Lima fotografiándose para la posteridad. Colección Museo Histórico Nacional.

el gobierno creó una serie de instituciones de ayuda a los soldados, sus viudas y huérfanos, y los estímulos especiales otorgados a partir de 1883, entre los que destacan la creación de becas y escuelas agrícolas para huérfanos de guerra<sup>187</sup>.

No obstante las buenas intenciones, las pensiones para los veteranos, viudas y dependientes resultaban del todo insuficientes tanto por los montos establecidos como por su cobertura. La «Ley de Recompensas» de 1881 fue calificada como «Ley de Miserias». De hecho, gran parte de la población creía que el tema de las gratificaciones no pasaba de ser una «halagadora quimera». *El Ferrocarril*, en su editorial de 24 de mayo de 1882, señalaba al respecto: «No basta con proclamar héroe lejendario al pobre roto, i prodigarle pomposos aplausos en la prensa, en el club, en las libaciones del banquete. Para conservar el estímulo de su valor, de su patriotismo, de su disciplina, es necesario hacer por él algo más positivo; i si se puede hacer sin perjuicio del erario nacional, i a costa del país enemigo, que él domina con su robusto brazo, tanto mejor» 188.

Evaristo Sanz describe el desencanto y la amargura de muchos ex combatientes: «... al entusiasmo del primer día, a las esperanzas e ilusiones del principio, ha sucedido el desaliento del engaño i al regresar al seno de mi familia nada más he podido llevar a mi esposa i a mis hijos el eterno amor i un nombre jamás manchado. Para el porvenir sólo puedo legarles la espada que, aunque desconocida, supo siempre mantener alta la honra de Chile i cumplió siempre con su deber, mientras otros que han hecho tanto o menos que yo legarán nombres prestigiosos i ricas pensiones»<sup>189</sup>.

Para aquellos que no tenían una profesión u oficio, que eran los más, la pérdida de su capacidad física les quitaba la posibilidad de trabajo. Las calles de las principales ciudades del país se poblaron de veteranos convertidos en mendigos. En 1884, un visitante se sorprendía por la proliferación de lisiados en el centro de Santiago, recordando el siguiente diálogo: «Un día un soldado me pide limosna y como yo le ofreciese una moneda me dijo: ¿no podría darme dos? ¿Dónde encontraré trabajo? ¿Quién me querrá emplear ahora?, y él me mostraba una pierna de palo y un brazo derecho amputado» 190.

Ese mismo año, *El Ferrocarril* alertaba a las autoridades sobre la mala imagen que proyectaba el país entre la comunidad extranjera residente, por el olvido de los veteranos, convertidos en «andrajosos ciudadanos», que proliferaban en el centro de la ciudad, sin que nadie intentase hacer algo por remediar la situación<sup>191</sup>.

No todos terminaban en la calle. Algunos ex combatientes que jamás pudieron reinsertarse en la sociedad, llegaron a los hospitales psiquiátricos. Un ejemplo es el caso del alférez Luis Salvatici. Terminada la guerra, dejó el Ejército y al cabo de algunos años murió en la Casa de Orates, creyéndose Napoleón I. A la batalla de Tarapacá la llamaba de Waterloo, y explicaba su permanencia en el recinto diciendo que estaba tomando baños en Baden Baden 192.

Gran parte de los veteranos, adiestrados en el uso de armas, participaron en la Guerra Civil de 1891, enrolados en su mayoría en las fuerzas del Congreso, para continuar en el Ejército luego de su reorganización al término del conflicto. En cambio, quienes habían formado parte del Ejército constitucional perdieron honores y beneficios. Con todo, para la mayor parte de los veteranos, el triunfo de las fuerzas constitucionales no alteró

su situación. En 1900, un ex combatiente recuerda la aún desmedrada situación de los contendientes: «Cuando vemos por nuestros campos, por nuestras ciudades, i aun en tierra estranjera, a tanto soldado, a tantas clases i a tantos oficiales vivir en la miseria, arrastrar el carro de la indijencia, sacudir el polvo de las necesidades, carecer de trabajo i tener que dar alimento al estómago, uno se siente avergonzado i humillado» 193.

#### Notas

- Pascual Ahumada Moreno: Guerra del Pacífico. Recopilación completa de los documentos oficiales, correspondencias i demás publicaciones referentes a la guerra, que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia. Valparaíso, Imprenta del Progreso, 1884, tomo I, pp. 146-147. Algunas diferencias en las cifras en Miguel Álvarez Ebner: Los soldados del mar en la Guerra del Pacífico, 1879-1881. Santiago, Comandancia General del Cuerpo de Infantería de Marina, 1999, pp. 206-209. Véase también Carlos Grez: «La supuesta preparación de Chile para la Guerra del Pacífico», en Boletín de la Academia Chilena de la Historia, N° 5, 1935, pp. 111-139.
- 2 Benjamín Silva González: Compendio de la Ordenanza General del Ejército. Santiago, Imprenta de la Librería de El Mercurio, 1879, pp. 5-8.
- 3 Compendio de la Ordenanza General de Ejército. Santiago, Imprenta de la Librería de El Mercurio, 1879, pp. 9-11.
- 4 Reproducido en Informes inéditos de diplomáticos extranjeros durante la Guerra del Pacífico. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1980, p. 45.
- 5 Arturo Benavides Santos: Seis años de vacaciones. Recuerdos de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia, 1879-1884. Cuarta edición, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1988, p. 14.
- 6 Justo Arteaga a Ministro de Guerra, Valparaíso, 20-4-1879, en Ahumada Moreno, VI, p. 9b.
- 7 Abraham Quiroz: «Epistolario inédito de su campaña como soldado raso durante toda la Guerra del Pacífico», e Hipólito Gutiérrez: «Crónica de un soldado de la Guerra del Pacífico», en Dos soldados en la Guerra del Pacífico. Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1976, pp. 51 y 162.
- 8 Alberto Silva Palma: Crónicas de la Marina chilena. Santiago, Talleres del Estado Mayor General, 1913, pp. 137-138.
- 9 Edmundo Márquez-Bretón: Luis Cruz a la luz de la verdad. Santiago, Imprenta Adeza, 1984, pp. 20-21.
- 10 J. Arturo Olid Araya: Crónicas de Guerra. Relatos de un ex combatiente de la Guerra del Pacífico y de la Revolución de 1891. Santiago, RIL Editores, 1999, pp. 24-25.
- 11 Benavides, op. cit., pp. 14-18 y 221.
- 12 Diario de la Guerra (Santiago) [en adelante DG], 29 de septiembre de 1880.
- 13 Ruperto Concha Varas: El Héroe Luis Cruz Martínez en su centenario: 5 de agosto de 1866-5 de agosto de 1966. Santiago, Imprenta del Instituto Geográfico Militar, 1967, p. 56.
- 14 Marcos Ibarra Díaz: Campaña de la Sierra. La Concepción. Una aventura. La Serena, Universidad de La Serena, Facultad de Humanidades, 1985, p. IX.
- 15 Manuel Ravest Mora: Juan Martínez. Comandante de los mineros del Atacama. Santiago Francisco Carrión y Cía. Ltda., 1979, p. 98.
- 16 William Sater: Chile and the War of the Pacific. Lincoln, University of Nebraska Press, 1986, p. 77.
- 17 DG, 14 de junio de 1879: Compendio de la Ordenanza General del Ejército. Santiago, Imprenta de la Librería de El Mercurio, 1879, p. 8.
- 18 Sater, op. cit., pp. 78-79.
- 19 Justo Abel Rosales: Mi campaña al Perú, 1879-1881. Concepción, Editorial de la Universidad de Concepción, 1984, p. 21.
- 20 Larraín, op. cit., p. 63.
- 21 Darío Risopatrón Cañas: Lejislación Militar de Chile, comprende las disposiciones de carácter jeneral dictadas desde el año 1812 hasta agosto de 1882 i vijentes en esta última fecha, tomo III, Disposiciones transitorias relativas a la guerra contra las repúblicas del Perú i Bolivia (1879-1882). Santiago, Imprenta Gutenberg, 1882, p. 129.
- 22 Rafael Poblete M.: «El servicio sanitario en el Ejército chileno durante la Guerra del Pacífico», en Memorial del Ejército de Chile, año III, primer semestre, enero de 1929, p. 166.
- 23 Poblete, op. cit., p. 169.
- 24 Risopatrón Cañas, op. cit., p. 143.

25 Sergio Rodríguez Rautcher: La problemática del soldado durante la Guerra del Pacífico. Santiago, Colección Biblioteca Militar, LXX, 1998, p. 87.

26 Benavides, op. cit., pp. 220-221

27 Juan E. López: Mis recuerdos de la Guerra del Pacífico de 1879. Santiago, Imprenta Universitaria, 1910, pp. 52-53.

28 Rosales, op. cit., p. 19.

29 Evaristo Sanz: Hojas sueltas de mi diario de campaña o reminiscencias de la Guerra del Pacífico, 1879-1883. Santiago, Imprenta de la Librería Americana, 1883, p. 27.

30 Alberto del Solar: Diario de Campaña. Recuerdos íntimos de la Guerra del Pacífico. Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1967, pp. 41-42.

- 31 Archivo Nacional, Archivo Hidrográfico Vidal Gormaz, volumen 25, Carta de Rafael Sotomayor a Aníbal Pinto, 26 de noviembre de 1879, f. 149.
- 32 Sergio Fernández Larraín: «Documentos relacionados con don José A. Gandarillas Luco», en Boletín de la Academia Chilena de la Historia, Nº 91, 1979-1980, p. 138.

33 Quiroz, op. cit., p. 54.

- 34 Detalles en Guillermo Chaparro: Recuerdos de la Guerra del Pacífico. Santiago, Talleres del Estado Mayor del Ejército, 1910, p. 9; Regina Claro Tocornal: «Cartas de Don Máximo R. Lira a Doña Isabel Errázuriz desde los campamentos chilenos durante la Guerra del Pacífico», en Historia, 36, pp. 67-68; La Voz Chilena (Iquique) [LVCh], 12 de octubre de 1883.
- 35 Fernando Ruz Trujillo (recopilador): Guerra del Pacífico. Memorias de José Francisco Vergara. Diario de Campaña de Diego Dublé Almeyda. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979, p. 103.
- 36 Sergio Fernández Larraín: «Veinte cartas de Ricardo Santa Cruz, el héroe de Pisagua». Boletín de la Academia Chilena de la Historia, año XXX, Nº 69, segundo semestre de 1963, p. 123. Cucalón = civil que acompaña las expediciones militares.

37 Ruperto Marchant Pereira: Crónica de un capellán de la Guerra del Pacífico. Santiago, Editorial del Pacífico, 1959, p. 57.

38 DG, 8 de octubre de 1879

39 José Clemente Larraín: Impresiones y Recuerdos sobre la campaña al Perú y Bolivia. Santiago, Imprenta y Encuadernación Lourdes, 1910, p. 73.

40 LVC, 17 de marzo de 1880.

41 Ruz, op. cit., p. 47.

- 42 Claro Tocornal, op. cit., p. 65.
- 43 El Mercurio (Valparaíso), 24 de febrero de 1879.

44 Citado por Sater, op. cit., p. 79.

45 Isidro Huete Lira: «La medicina militar chilena durante la Guerra del Pacífico (1879-1884)». Ars Medica, volumen III, N° 4, 2001, pp. 128-129. Véase también: «Basilio Urrutia a General en Jefe del Ejército del Norte, Santiago, 10-6-1879», en Pascual Ahumada: Guerra del Pacífico, volumen II, p. 39b.

46 Risopatrón, op. cit., p. 141.

- 47 Poblete, op. cit., pp. 168-169.
- 48 Rosales, op. cit., p. 28, citando El Mercurio.

49 Benavides, op. cit., p. 102

- 50 Fernández Larraín: Veinte cartas..., pp. 135-136.
- 51 Albert Davín: Chile y Perú en tiempos de la Guerra del Pacífico. Santiago, Editorial Planeta, 1992, p. 60.
- 52 Rosales, op. cit., p. 108
- 53 Rosales, op. cit., p. 33.
- 54 El Ferrocarril, 13 de mayo de 1879.
- 55 Rosales, op. cit., p. 51
- 56 Silva Palma, op. cit., pp. 75-77.

57 Larraín, op. cit., pp. 73-74.

58 Archivo Nacional, Archivo Hidrográfico Vidal Gormaz, volumen 25, Carta de Rafael Sotomayor a Aníbal Pinto, 26 de noviembre de 1879, f. 149.

59 LVC, 3 de marzo de 1880; Rosales, p. 67; Benavides, pp. 237-238.

60 M. Le Leon: Recuerdos de una misión en el Ejército chileno. Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1976, pp. 187-188.

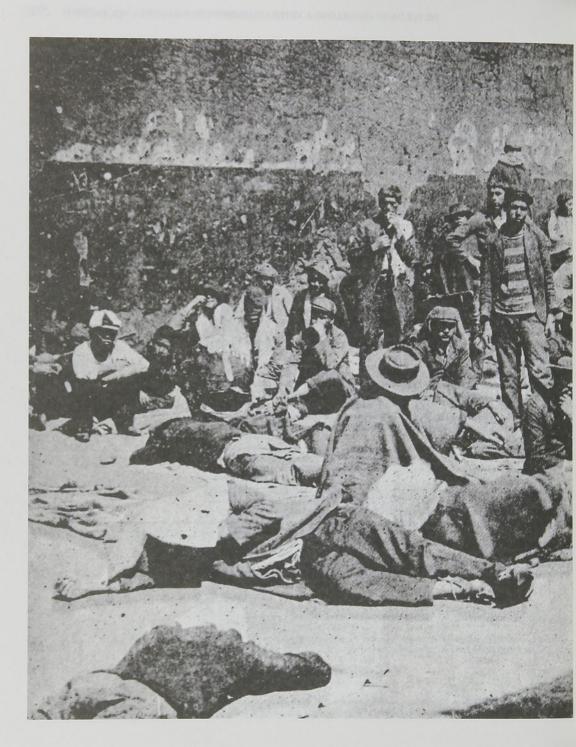
61 Risopatrón, op. cit., p. 148.

- 62 Ahumada Moreno, op. cit., II, p. 45.
- 63 Fernández Larraín, op. cit., p. 73.
- 64 Risopatrón, op. cit., p. 123.
- 65 Risopatrón, op. cit., p. 128.
- 66 Citado en Rodríguez Rautcher, op. cit., pp. 29-30.

- 67 L. Lucio Venegas Urbina: Sancho en guerra. Recuerdos del Ejército en la campaña al Perú y Bolivia. Santiago, Imprenta Nacional, 1885, p. 57.
- 68 Impresiones del sargento Benjamín Biscarra en Ilo, 8 de marzo de 1880, en Archivo Vicuña Mackenna, volumen 345, f. 413.
- 69 Larraín, op. cit., p. 241.
- 70 Antonio Urquieta: Recuerdo de la vida de campaña durante la Guerra del Pacífico, tomo primero. Santiago, Escuela Talleres Gratitud Nacional, 1907, pp. 211-212.
- 71 Daniel Riquelme: Charrasquillos Militares. Santiago, Imprenta Victoria, 1885, pp. 36-39.
- 72 Benavides, op. cit., pp. 71-72 y 202.
- 73 Benavides, op. cit., pp. 237-238.
- 74 Olid, op. cit., pp. 105-106.
- 75 Rosales, op. cit., p. 105-100
- 76 Maximiliano Bisquertt: «Resumen histórico del desarrollo de los servicios de alimentación en campaña», en Revista del Servicio Administrativo del Ejército Chileno. Santiago, Nº 1, primer trimestre de 1926, p. 13.
- 77 Del Solar, op. cit., pp. 69-71; Archivo Nacional, Archivo Hidrográfico Vidal Gormaz, volumen 25, Carta de Rafael Sotomayor a Aníbal Pinto, 26 de noviembre de 1879, f. 150.
- 78 Ahumada Moreno, op. cit., tomo VI, p. 9.
- 79 Rosales, op. cit., pp. 129-130.
- 80 Juan Segundo Meyerholz: Los Veteranos del 79 ante la historia. Santiago, Imprenta Franco-Chilena, Santiago, 1926, p. 14.
- 81 Meyerholz, op. cit., p. 14; Ruperto Marchant Pereira: Testimonios de un capellán castrense en la Guerra del Pacífico. Paz Larraín y Joaquín Matte (editores). Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2004, p. 35.
- 82 Rafael Pizarro: Los abastecimientos militares en la Guerra del Pacífico (1879-1884). Ministerio de Defensa Nacional, Biblioteca del Oficial, volumen XXXIV, Estado Mayor del Ejército, 1967, p. 37.
- 83 Joaquín Matte Varas: Ruperto Marchant Pereira, Héroe del Evangelio. Santiago, s.p.d.i, s.f., p. 103. La carta tiene fecha 23 de enero de 1880.
- 84 Joaquín Matte Varas: «Presencia de los capellanes castrenses en la Guerra del Pacífico». Historia (Santiago), 15, 1980, pp. 205, 216 y 218.
- 85 «Correspondencia del Capellán de la Guerra del Pacífico Pbro. D. Ruperto Marchant Pereira», Historia, 18, 1983, p. 351.
- 86 Benjamín Vicuña Mackenna: *Historia de la campaña de Tarapacá*. Santiago, Rafael Jover, editor, 1880, tomo II, pp. 761-762.
- 87 Matte Varas: Presencia, p. 190.
- 88 Ídem, p. 215. La cita textual está tomada de El Nuevo Ferrocarril.
- 89 Ídem, p. 235.
- 90 Quiroz, op. cit., p. 133.
- 91 Joaquín Matte Varas: Cartas del Capellán Fray Juan Capistrano Pacheco Estay O.F.M. (1879-1880). Santiago, s.p.i., 1987, p. 8.
- 92 Risopatrón, op. cit., p. 114.
- 93 DG, 17 de agosto de 1879.
- 94 Risopatrón, op. cit., p. 114.
- 95 Boletín Eclesiástico, 1880, tomo VII, pp. 728-730.
- 96 Marchant, op. cit., p. 12.
- 97 DG, 3 enero 1880.
- 98 Rosales, op. cit., p. 64.
- 99 López, op. cit., p. 31.
- 100 Ruz, op. cit., pp. 111-112.
- 101 Juan Capistrano Pacheco a Fr. Antonio de J. Rodríguez, Antofagasta, 1 de agosto de 1879, en Joaquín Matte Varas: Cartas del Capellán Fray Juan Capistrano Pacheco Estay O.F.M. (1879-1880), pp. 18-19.
- 102 Matte, Cartas del..., p. 20.
- 103 Larraín, op. cit., pp. 127-128.
- 104 Poblete, op. cit., p. 22.
- 105 Huete, op. cit., p. 129.
- 106 Le Leon, op. cit., pp. 200-201.
- 107 Körner, op. cit., p. 77.
- 108 Huete, op. cit., p. 128.
- 109 Poblete, op. cit., p. 30.
- 110 Poblete, op. cit., p. 164.
- 111 Poblete, op. cit., p. 177.
- 112 Larraín, op. cit., p. 77.

- 113 Servicio Sanitario del Ejército, Valparaíso, Imprenta de La Patria, 1882, p. 54.
- 114 Körner, op. cit., pp. 101-102.
- 115 Rosales, op. cit., p. 111.
- 116 Citado en Paz Larraín: «Mujeres tras la huella de los soldados», en Historia, 33, 2000, p. 245.
- 117 Elías Casas C.: «Diario de la Campaña a Lima...», en Ahumada Moreno, tomo VII, p. 38b.
- 118 Larraín, op. cit., p. 172.
- 119 Benavides, op. cit., p. 66.
- 120 Antonio Urquieta: Recuerdo de la vida de campaña durante la Guerra del Pacífico, tomo primero. Santiago, Escuela Talleres Gratitud Nacional, 1907, p. 237.
- 121 Gonzalo Bulnes: Historia de la Guerra del Pacífico. Santiago, Editorial del Pacífico, 1955, II. p. 63.
- 122 Sergio Fernández Larraín: Santa Cruz y Torreblanca (Dos héroes de las campañas de Tarapacá y Tacna). Santiago, Editorial Mar del Sur, 1979, p. 187.
- 123 Benavides, op. cit., p. 63.
- 124 Urquieta, op. cit., pp. 260-261.
- 125 Del Solar, op. cit., p. 104.
- 126 Sergio Fernández Larraín: Santa Cruz y Torreblanca (Dos héroes de las campañas de Tarapacá y Tacna). Santiago, Editorial Mar del Sur, 1979, p. 109.
- 127 Urquieta, pp. 236-237. También L. Lucio Venegas Urbina: Sancho en guerra. Recuerdos del Ejército en la campaña al Perú y Bolivia. Santiago, Imprenta Nacional, 1885, p. 156.
- 128 Del Solar, op. cit., p. 80. Véase también Marchant, p. 33.
- 129 Rosales, op. cit., p. 202.
- 130 Bulnes, op. cit., II, p. 113. 131 Riquelme, Charrasquillos, p. 71.
- 132 Elías Casas, op. cit., pp. 38b-39a.
- 133 Le Leon, op. cit., p. 102.
- 134 Elías Casas, op. cit., p. 39a.
- 135 Rosales, op. cit., p. 239.
- 136 Benavides, op. cit., p. 217.
- 137 Le Leon, op. cit., p. 141.
- 138 Theodorus F.B. Mason, op. cit., p. 209.
- 139 Sobre estas turbulencias en la ciudad véase Margarita Guerra Martinière: La ocupación de Lima (1881-1883). El gobierno de García Calderón. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1991, pp. 47-75.
- 140 Benavides, op. cit., p. 203; Risopatrón, op. cit., p. 120.
- 141 Salvador Soto: De soldado a periodista. Colección de artículos históricos i literarios, biografías, impresiones de viaje, cartas militares, industrias, etc. Santiago, Imprenta de los Debates, 1888, pp. 32-33.
- 142 José Domingo Amunátegui Rivera: Apuntes de un viaje al Perú durante la ocupación chilena. Santiago, Imprenta Gutenberg, 1882, p. 26.
- 143 Reproducido en Informes inéditos de diplomáticos extranjeros durante la Guerra del Pacífico, p. 426.
- 144 Benavides, op. cit., pp. 220-221
- 145 José Antonio Varas: Recopilación de leyes, órdenes, decretos supremos i circulares concernientes al Ejército desde enero de 1878 a diciembre de 1883, tomo VI. Santiago, Imprenta de R. Varela, 1884, p. 317.
- 146 Risopatrón, op. cit., p. 130; DG, 2 de noviembre de 1881.
- 147 Francisco A. Encina y Leopoldo Castedo: Resumen de la Historia de Chile, tomo III. Santiago, Editorial Zig-Zag, 1980, pp. 1.568 y 1.604.
- 148 Albert Davin: Cuando los chilenos tomaron Lima. Quito, Universidad Estatal de Bolívar, Centro para el Desarrollo Social, 1995, pp. 27-38.
- 149 Le Leon, op. cit., p. 186.
- 150 Benavides, op. cit., p. 136.
- 151 Del Solar, op. cit., pp. 249-250.
- 152 Daniel Riquelme: Bajo la tienda, Recuerdos de la Campaña al Perú y Bolivia, 1879-1884. Editorial Zig-Zag, 1955, p. 187.
- 153 Memoria que el Contraalmirante D. Patricio Lynch, Jeneral en Jefe del Ejército de Operaciones en el Norte del Perú, presenta al Supremo Gobierno. Lima, Calle Primera, 1882, pp. 251, 252
- 154 Memoria que el Contraalmirante..., pp. 186-187.
- 155 Memoria que el Contraalmirante..., p. 251.
- 156 Davin, op. cit., p. 36.
- 157 Carta de un combatiente de la Guerra del Pacífico perteneciente al 2º Batallón Atacama. Ministerio de Educación, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Copiapó, 1979, p. 1.

- 158 Ouiroz, op. cit., p. 139.
- 159 Quiroz, op. cit., p. 92.
- 160 Chaparro, op. cit., p. 34.
- [6] Estanislao del Canto: Memorias Militares. Tomo I: «Desde enero de 1856 hasta agosto de [89]». Santiago, Imprenta La Tracción, 1927, p. 179.
- 162 Quiroz, op. cit., p. 95.
- 163 Raimundo Valenzuela: La batalla de Huamachuco. Santiago, Imprenta Gutenberg, 1885, pp. 25-26.
- 164 Ahumada Moreno, op. cit., VI, p. 389
- 165 Del Canto, op. cit., p. 180.
- 166 Del Canto, op. cit., pp. 185-186.
- 167 Chaparro, op. cit., pp. 33-34.
- 168 Ahumada Moreno, op. cit., VII, p. 181.
- 169 Ibarra, op. cit., pp. 28-30.
- 170 Ibarra, op. cit., pp. 30-31.
- 171 Varas, op. cit., p. 312.
- 172 Risopatrón, p. 147.
- 173 Segunda Memoria que el Contraalmirante D. Patricio Lynch, General en Jefe del Ejército de Operaciones del Norte del Perú, presenta al Supremo Gobierno. Lima, Imprenta de la Merced, 1883, p. CDLX.
- 174 Chaparro, p. 41.
- 175 Urquieta, pp. 326-328.
- 176 Boletín de la Guerra. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979, p. 1.057a.
- 177 DG, 13 de abril de 1881.
- 178 Para estos casos ver Jaime Valenzuela Márquez: El bandidaje rural en Curicó durante la segunda mitad del siglo XX, y Sebastián Molina: Bandidos y veteranos del 79, un intento de relación. Traiguén, 1885-1900, tesis para obtener el grado de Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1991 y 1996, respectivamente.
- 179 José Bernardo Suárez: Moral Militar. Manual de los deberes del soldado chileno. Santiago, Imprenta de Ramón Varela, 1885, p. 136.
- 180 Le Leon, op. cit., p. 183.
- 181 Citado en Rodríguez Rautcher, op. cit., p. 56.
- 182 Reproducido por Sergio Fernández Larraín: «Cartas de fe y patriotismo de Condell a su esposa», en Revista Chilena de Historia y Geografía, N° 147, 1979, p. 148.
- 183 Risopatrón, op. cit., p. 129.
- 184 Ordenanza para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de los Ejércitos de la República. Santiago, Imprenta de la Librería de El Mercurio, 1872, pp. 661-674.
- 185 Risopatrón, op. cit., pp. 358-359.
- 186 Risopatrón, op. cit., pp. 360-365.
- 187 Sobre el apoyo a los veteranos véase Carlos Méndez Notari: Héroes del Silencio. Los Veteranos de la Guerra del Pacífico. Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2004, especialmente pp. 44-47
- 188 El Ferrocarril (Santiago) [EF], 24 de mayo de 1882. Para un análisis crítico de la ley de recompensas ver El Jeneral Pililo: «El embrollo de las recompensas. Folleto de actualidad». Santiago, Imprenta Victoria de H. Izquierdo, 1882.
- 189 Sanz: Hojas sueltas de mi diario de campaña o reminiscencias de la Guerra del Pacífico, 1879-1883, p. 5.
- 190 Davin, op. cit., p. 61.
- 191 EF, 30 de octubre de 1884.
- 192 Olid, op. cit., p. 73.
- 193 Agustín Bravo Cisternas: Los veteranos del 79. Valparaíso, Imprenta Industrial, 1900, p. 48.





taurus

